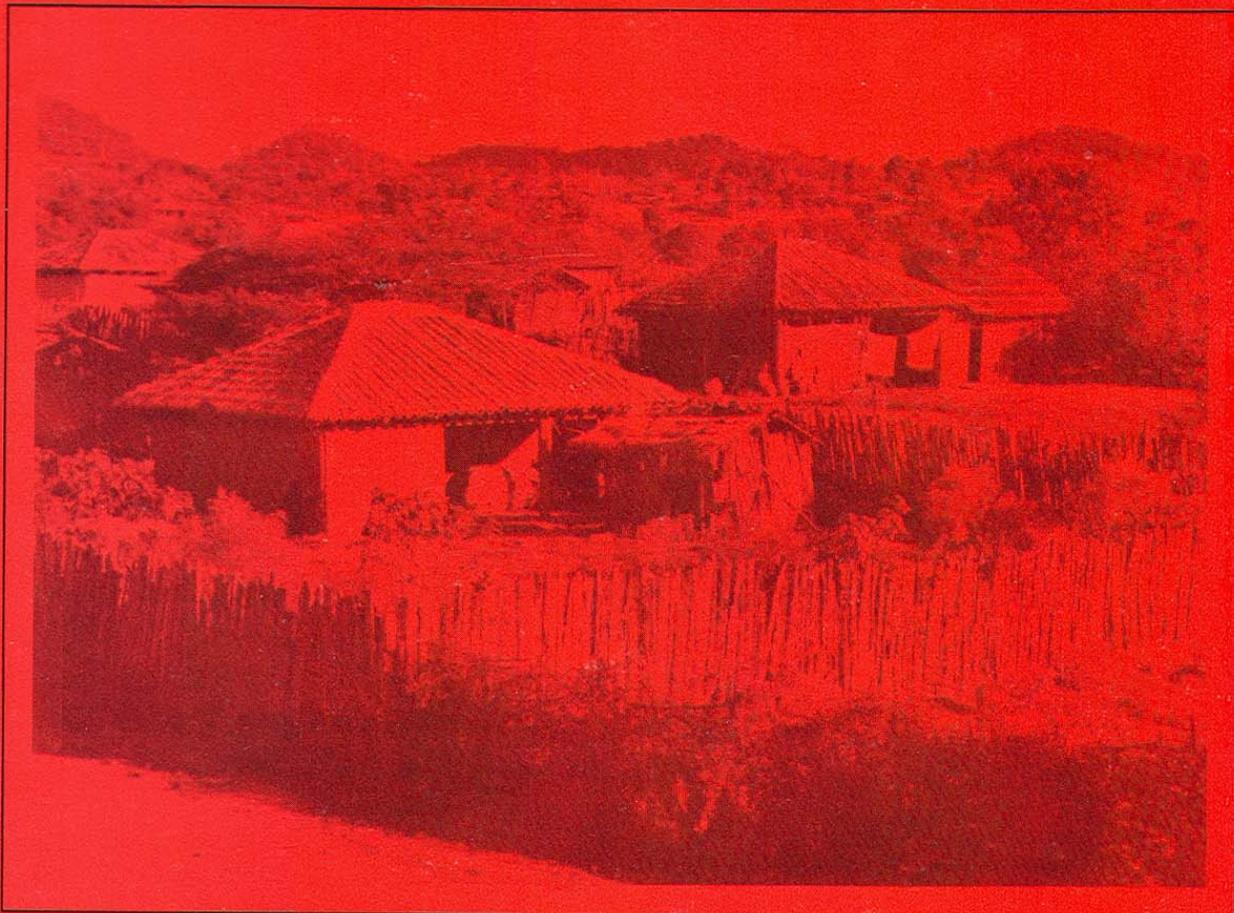




TODO EN MEXICO ES CHIAPAS

o de cómo y por qué una insurrección campesina
puso en crisis al estado nacional

MARIO RECHY MONTIEL



El CIESTAAM realiza y fomenta investigación económica, sociológica y tecnológica referida a la Agroindustria y a la Agricultura mexicana e internacional. Apoya la labor de formación de investigadores y docentes de alto nivel en los campos de la Economía, Sociología y desarrollo de Tecnología Agropecuaria y Agroindustrial. Igualmente desarrolla acciones de extensión y servicio que lo vinculan con Instituciones públicas y privadas y con productores rurales organizados de distintos lugares del país, con el fin de contribuir al progreso material y cultural de los mismos.

TODO EN MEXICO ES CHIAPAS o de cómo y por qué una insurrección campesina puso en crisis al estado nacional

Mario Rechy Montiel
CENTRO DE ESTUDIOS ESTRATEGICOS S.C.

Primera Edición en Español 1994
cuarta versión 25 de febrero de 1994

ISBN-968-884-270-2

D.R. © Universidad Autónoma Chapingo
Carretera México-Texcoco Km. 38.5
☎-Fax : 91 (595) 502-79

Impreso en México

Se autoriza la reproducción parcial o total del contenido de este reporte sujeto a la cita de la fuente bibliográfica respectiva. Se exceptúa de lo anterior la reproducción con fines comerciales para lo cual es necesario recabar previamente la autorización del autor y del CIESTAAM.

TODOS EN MEXICO ES CHIAPAS

o de cómo y por qué una insurrección campesina
puso en crisis al estado nacional

Mario Rechy Montiel

Centro de Investigaciones Económicas, Sociales y
Tecnológicas de la Agroindustria y de la Agricultura Mundial
Universidad Autónoma chapingo
Abril 1994

INDICE

LA MODERNIZACION GLOBALIZADORA

Paradigmas de una economía y una sociedad occidental	13
Paradigmas del modelo implantado en el sector agropecuario	13
El fondo de la polemica	15
El origen de los cambios	16
Los cambios en la política	17
Paradigmas de la identidad nacional	18
Paradigmas y autoritarismo	19
Parálisis paradigmática	19

EL 1º DE ENERO, UNA FECHA EN QUE DOS MEXICOS SE ENFRENTAN

Paradigmas del mundo indígena	23
Otra dimensión del tiempo	23
Otra modernidad	24
Práctica instrumental y paralización	25
La conciencia indígena	26
Dos visiones del mundo	28
Heterogeneidad estructural	29
Reforma agraria moderna	30
De la autodefensa como antecedente del EZLN	30
Ganadería y latifundio	31
Chiapas sólo el ejemplo más dramático de una situación nacional	32
Desempleo y empobrecimiento general	34
Espiral de pobreza cultivo de violencia	35
La crisis económica y la agricultura	35
Una economía diversificada	36
Una economía que se especializa	37
Expectativas	38
Técnica y ecología	38
El momento Morris del "progreso agrícola"	39
Alternativa campesina	40
Prioridades nacionales	40
Pobreza y marginalidad	41
El modelo indígena de desarrollo	41
El futuro de México en la perspectiva indígena y campesina	42
La inalienable autonomía	43
Una estrategia de conservación de las capacidades productivas	44
Política Antiindígena y anticampesina	45

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos el apoyo y las correcciones del equipo que integra el CEESC; este ensayo no hubiera sido posible sin la paciente labor de Rocío Sánchez por ordenar y clasificar las fichas, sin las observaciones y sugerencias de José Miguel Candia, sin las críticas e inconformidades de Jorge Franco, y sin los estimulantes comentarios de Rafael Cervantes.

Aún así sigue siendo un borrador, y ninguno de ellos es culpable de lo que todavía requiera trabajo, ponderación y enmiendas.

Zapata es algo que estuvo antes de que fuera México y,
que si este se salva, estará después.

Octavio Paz

El Ogro Filantrópico.

PREFACIO

Hasta el 31 de diciembre de 1993 los cuestionamientos al proyecto del equipo gobernante habían sido descalificados desde una perspectiva ideológica. Todas las críticas eran de los nostálgicos estatistas, de los dogmáticos, o los que no entendían la vocación de cambio y de rectificación a sesenta años de una orientación equivocada. La exaltación del libre mercado, y la celebración del "triunfo del mundo libre" sobre el fantasma del comunismo también venía a celebrar aquí, en México, la derrota del intervencionismo del sector público en la economía, sobre las políticas de subsidios al consumo y los servicios, de una educación popular cada vez más ineficiente y sobre un campo que siempre pedía más y que podía tragarse todos los excedentes de México.

Esta perspectiva que se empeñó en cambiar, y en integrar a nuestro país a la corriente hegemónica del mundo occidental, había ya vendido las empresas públicas, suprimido el paternalismo hacia el campo, instrumentado programas de comercialización agroempresarial y de apertura mercantil; había también inducido un cambio a la orientación de la economía, y, como parte de ello, había hecho gravitar los costos del ajuste sobre los hombros de los asalariados y los trabajadores del campo. Reconocía los males que conllevó el proceso, si bien los veía como algo menor y apostaba a ir superándolos conforme la recuperación económica trajera inversiones y se multiplicara un nuevo género de empresa, ahora competitiva y moderna.

En el otro lado de la sociedad, se hacía la crónica sobre el enriquecimiento de unas cuantas familias que en tan sólo doce o quince años habían conseguido concentrar el 38 por ciento del ingreso nacional. La inconformidad que provocaba esto había generado, entre otras cosas, el voto en contra del Partido Revolucionario Institucional en 1988, y venía librando una resistencia obstinada pero de pequeñas batallas y escaramuzas, en cada uno de los estados de la República donde se realizaban elecciones. Este México veía cómo a sus banderas históricas se les cambiaba de contenido sin que pareciera posible alterar el curso dominante.

El país, el grueso o mayoría de sus ciudadanos, vivía la sensación de que algo estaba mal, pero al mismo tiempo sentían que había sido necesario cambiar, y que probablemente los ajustes habían conseguido superar errores y deficiencias del pasado reciente. Muchos admitían haber experimentado un descenso en sus condiciones de vida, pero veían, al mismo tiempo con gran expectativa, el hecho de que México estuviera pasando a formar parte del mundo desarrollado, del "mercado más grande del hemisferio occidental". Nadie pasaba por alto las carencias democráticas, y hasta parecían haberse acostumbrado a los muertos esporádicos, represiones, fraudes, imposiciones.

Cada nuevo conflicto parecía erigirse como una verdadera amenaza y última advertencia al régimen. Y sin embargo uno tras otro habían terminado con negociaciones insatisfactorias, con gobernadores y presidentes municipales puestos desde el centro y generalmente en contra de la voluntad y el sufragio populares.

Los más optimistas creían en una nueva insurgencia cívica durante el próximo período de elecciones federales para elegir al poder ejecutivo; pero los más serenos creían que seguiríamos librando muchas batallas hasta antes de conseguir que el país transitara franco y transparente hacia la democracia.

Esta incapacidad de la sociedad para impugnar eficazmente las determinaciones de la administración pública hacían pensar al equipo gobernante que sus previsiones eran correctas, que el camino instrumentado era el adecuado, y que las dificultades, que se habían ido venciendo, una tras otra, no eran sino el reflejo de una resistencia natural al cambio.

El conocimiento de la realidad sólo tenía valor en la confirmación de esa conciencia, de esa visión, de esa perspectiva. Los marginados que esgrimían como argumento los nostálgicos y los estatistas eran mitos. Los reclamos de democracia estaban descalificados, pues eran intentos de los mismos derrotados que aspiraban a recuperar el poder perdido.

El equipo gobernante vivía momentos de celebración, de regocijo y de comienzos de un Tratado de Libre Comercio que lo consagraría como aquél que cambió la perspectiva y la orientación del país, que lo arrebató al nacionalismo revolucionario, a la rectoría del estado y al colectivismo atrasado e ineficiente.

Pero en el momento en que se daban los primeros brindis del año entre los miembros del equipo gobernante, y, por otra parte los primeros disparos del ejército zapatista, el país dejaba atrás la discusión de sombras.

Ya no se debatiría si en lugar de globalización era posible una perspectiva planetaria de pluralidad. Ya no estaba en la agenda si pasábamos a formar parte de un mercado de consumidores destinado a resolver la crisis de sobreproducción de nuestros vecinos. Ya nadie recordó que se hubiera podido instrumentar la estrategia mercantil como parte de un proyecto geopolítico elaborado en el Departamento de Estado y la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. Pasó a segundo o tercer plano el considerar o machacar que se enfrentaban dos opciones, una de empleo y otra de eficiencia, una basada en el mercado interno y otra en la libertad total a las empresas y las transnacionales.

El centro era otro. Lo que estaba en juego era la fuerza, la violencia, la paz, la vida de cientos y acaso miles de mexicanos que dejaron de hablar, de pedir, de protestar, de sobrellevar la inconformidad, y decidieron recuperar su dignidad, en la vida o en la muerte.

Fue entonces una visión del mundo, una perspectiva del presente y el futuro la que se cuestionó, la que se enfrentó con las armas.

¿Cuál era y es esta visión, este conjunto de ideas, de propuestas, de programas y políticas? Para abordarla y discernirla habremos de dar un rodeo.

LA MODERNIZACION GLOBALIZADORA

Paradigmas de una economía y una sociedad occidental

Los paradigmas, dicen los especialistas, son el conjunto de valores y normas que delimitan un ámbito de la realidad en la que actuamos; son las reglas a las que nos ceñimos para resolver problemas. Y en este caso, los paradigmas de la economía moderna y de la sociedad occidental son los principios, los puntos de partida, los supuestos en que descansa la acción y el criterio de quienes dirigen nuestra economía, como una parte de la realidad internacional y de una visión del mundo. Sobre esos paradigmas nuestros gobernantes construyen su política. Abordémoslos por pasos.

A partir de los paradigmas económicos, la administración pública ha introducido profundos cambios en nuestro país siguiendo grandes líneas que se inscriben en la perspectiva de la reestructuración capitalista a escala internacional. Es de todos conocido que estos cambios se han centrado en unos cuantos puntos: la reducción del estado, la desregulación del comercio y la apertura económica, el control de la inflación a través de la disminución del gasto público y de la disminución del ingreso, la reestructuración de la deuda, y la reconversión económica para ser congruentes con la globalización. Todo ello es asunto que trasciende nuestro tema y lo dejamos solamente enunciado.

Paradigmas del modelo implantado en el sector agropecuario

Para nuestro propósito, la situación de la agricultura sí requiere un análisis. Para quienes dirigen la economía en el país, los hechos de los que se debe partir son: "el notable aumento en la producción agropecuaria mundial", "el exceso de oferta resultante de la política de subsidios y el avance tecnológico", "la contracción de la demanda mundial como consecuencia de la menor actividad económica", y "la agresiva política comercial que ha acentuado la caída de los precios agrícolas".(Luis Tellez, Sub-Secretario de Planeación de Agricultura en el Suplemento *La Jornada del Campo*)

Estas frases pueden ser tomadas como ciertas. De hecho lo son en ese ámbito externo. Por lo que no cuestionaremos su verdad intrínseca sino su trasfondo inconfeso. Sus premisas, las no siempre explícitas, se refieren al contexto ideológico o a la concepción del mundo de quien elabora el discurso o la política. Son el receptáculo en el que se acomodan los hechos. Y no queremos decir con esto que nos engañen explícitamente, sino que la gente no suele exhibir su ideología y sólo habla de lo que conviene hacer público para sus fines. De la misma manera como un predicador nos expondría la interpretación de la biblia, pero se obviaría la demostración teológica y filosófica de lo divino; así, en estas premisas ideológicas incluiríamos:

1. La convicción de que es nociva la intervención del Estado en la regulación económica y la producción y que, en consecuencia, es necesario reducirla a su mínima expresión;
2. Que la eficiencia no puede ser planeada ni instrumentada a nivel general sino a partir de cada empresa o unidad económica;
3. Que la asignación de recursos y la adopción de objetivos sólo pueden ser dictados por el comportamiento del mercado y no por instrumentos de planeación;
4. Que la ideología justicialista o igualitarista constituye un fardo ideológico que impide la aplicación de políticas eficientes; y
5. Que los subsidios tradicionales, particularmente los precios de garantía, a los insumos y a los servicios, no consiguen sino perpetuar la dependencia de los productores hacia el Estado, reproducir el paternalismo o el tutelaje estatal y la "economía ficción", es decir aquella actividad que alimenta con ilusiones la ineficiencia y la falta de competitividad.

Del primer género de premisas enumeradas (lo que no indica su carácter primigenio en el tiempo), esto es, de las económicas, parecieran desprenderse en forma natural algunas respuestas: no contribuir al exceso de oferta; ajustar la producción, a través de los precios, a las disponibilidades internacionales; hacer eficiente la comercialización, para que los precios no caigan más allá de lo que el mercado dicte; aumentar la actividad económica para reactivar la demanda, y oponerse a los subsidios que generan sobre-oferta y no permiten ajustar la producción a las disponibilidades internacionales.

De hecho estas respuestas están implícitas en los programas oficiales: Con la reducción paulatina pero inexorable de los precios que tendrán los productos básicos (maíz, frijol, trigo, soya, sorgo, arroz, azúcar). los productores que participan en el mercado sembrarán menos. Al sembrar menos, importaremos más, y de esta manera ajustaremos la producción nacional a las disponibilidades -entiéndase excedentes- de nuestros socios y vecinos. Por cuanto a los productores que tienen una tendencia necia al autoconsumo, se les ha abierto un capítulo aparte: como en el fondo sabemos, desde hace tiempo, que están muy enojados, inconformes y empobrecidos, ajustamos la política económica para que el mismo instrumento que sirve para desalentar la producción en los sujetos comerciales, nos sirva para "dejar en paz" a los de autoconsumo. Y adicionalmente, aceptamos ciertas recomendaciones correctivas de los bancos y los organismos internacionales que nos financian creando programas que hagan un poco más tolerable la miseria, o que la ataquen en aquellos lugares donde parece ser más grave.

De esta manera forzamos a los que son susceptibles de ser globalizados y no nos echamos encima la bronca con los que de momento no ofrecen ser negocio, y sí pueden convertirse en una molesta oposición.

Al hacer eficiente la comercialización, lo que debemos entender como "al retirarse el estado del acopio y la distribución de productos básicos", los productores se verán obligados a tomar en sus manos el proceso económico en su conjunto, asumiendo las tareas mercantiles que antes delegaban en el gobierno o en los acaparadores, y que los hacían dependientes o sustento del paternalismo.

Con el "paternalismo" cortado de tajo en los programas públicos, los productores tenderán a orientarse por las señales del mercado y no por criterios extraeconómicos. Producirán considerando lo que ello pueda representarles en dinero y no cuánto signifique de satisfacción o de esfuerzo; y menos aún que tenga que ver con sus tradiciones, con su cultura o con la organización de la comunidad o la familia. Sus decisiones serán modernas, no campesinas. Serán eficientes, no perpetuadoras de lo bucólico, ni expresión "del costal de papas".

Al crear estos "nuevos sujetos económicos", racionales en su conducta productiva y ajustados o reconvertidos a la lógica global, los dueños del dinero cambiarán su mala impresión sobre ellos, dejarán de verlos como atrasados, agraristas, peligrosos, antimodernos, y les concederán la posibilidad de la asociación, de los **joint-ventures**, de los negocios, de la economía competitiva. Y al llegar el capital al campo entonces sí que alcanzaremos la reactivación económica perdurable, permanente, sostenida, de a de veras.

Esa inversión generará entonces empleos. Se extenderá la demanda y se ampliará el mercado.

Finalmente, en cuanto a los subsidios, entiéndase **precios de garantía**, y control de precios a los insumos (fertilizante, crédito, agua, semillas), que distorsionaban el comportamiento de los productores, conduciéndoles a decisiones ajenas a la rentabilidad internacionalmente definida, se trata de emprender un programa para su supresión paulatina. Pues hasta hace poco esos precios y subsidios nos situaban en una economía ficticia, ya que en lugar de pagar por un bien según niveles de productividad o eficiencia, nos atrevíamos a remunerarlo en función del ingreso que predeterminábamos a los campesinos, del monto de satisfactores o alimentos que la sociedad esperaba, y de lo que necesitábamos producir para no depender -o no tanto- de nuestros vecinos.

Ciertamente que al realizar todo esto el gobierno no solo ha reducido el aparato y las funciones del estado, sino que ha ajustado muy significativamente sus gastos en este renglón de la alimentación y el campo. Y desde esa perspectiva, que tan alta significación da a los dineros, la ha mejorado significativamente. No habrá quien lo niegue a menos que defienda un irracionalismo económico.

El planteamiento económico es redondo. Y si mantenemos la discusión en ese terreno podrían aceptarnos que hiciéramos ajustes de detalle, aunque, lo que está descartado de antemano es un cuestionamiento general, del planteamiento en su conjunto.

El fondo de la polémica

La discusión sobre el nuevo marco propuesto para la agricultura no podía conceder sobre el terreno de la polémica. Pero lo que en realidad se discutía, trasciende, aunque no niega, la eficiencia en el gasto público o el apego a las expectativas de nuestros socios trasnacionales. Lo que se ha jugado en la estrategia ofrecida por PROCAMPO y el TLC es una concepción sobre el país, sobre su horizonte, y en este caso que nos ocupa, sobre el género de vida y de trabajo en la agricultura.

Por todo esto, cuando se discutía con los funcionarios sobre los hechos puramente económicos, y no se descorría el velo que tapa las convicciones de fondo, se caía en un diálogo

de sombras, en una impostura de discusión, donde parecía que estábamos contraponiendo razones, cuando en realidad estábamos defendiendo distintas formas de entender el mundo. En ese contexto, era desde luego, relativamente fácil descalificar los argumentos del contrario ateniéndose sólo al silogismo, a la corrección de las inferencias, o a la concordancia con premisas que el interlocutor establece; lo de las cifras era mera añadidura.

Hacer explícitas las premisas, los puntos de partida y las concepciones sobre nuestra realidad, como sustento u origen de los dos mundos que ahora se han enfrentado, es entonces poner las cartas sobre la mesa. En un mundo donde la comunicación tiende a volverse una técnica al servicio de la creación de imagen, o la captura amañada del consenso público, la tarea de leer más allá de las balas y las condenas, o de ver qué hay detrás de las palabras, forma parte del ejercicio de orientación de los ciudadanos .

Los que formularon estas premisas justifican la magnitud y profundidad de los cambios en problemas y fenómenos ocurridos durante los ochentas, cuando ante la pérdida de empleo, la inflación y el endeudamiento, nuestro país tuvo que establecer una estrategia sustentada en la apertura comercial. Como si esa apertura y esa orientación hubieran sido la única opción.

El origen de los cambios

Las razones verdaderas de nuestra apertura comercial, y el origen mismo de estos paradigmas están, no en la pérdida de empleo ni en la inflación. De hecho no existe relación de causa efecto ni de inferencia válida, como sí es comprobable, en cambio, que nuestro endeudamiento tiene que ver con la necesidad de Estados Unidos y la banca internacional por colocar sus capitales en los países que eran sus compradores o clientes, y que podían seguir siéndolo. De hecho, la presión ejercida sobre nuestra nación para que abriera las fronteras al comercio coincidió con dos fenómenos internacionales. En primer lugar, la incapacidad de los países del así llamado Tercer Mundo para consolidar una estrategia común de resistencia a los dictados del dólar e impulsar un desarrollo alternativo al que dictaban las metrópolis. Y en segundo lugar, la incapacidad del grupo gobernante para diseñar un desarrollo autosustentado en la producción y el mercado interno. (Y atención, que decimos autosustentado, no autárquico.) Nosotros como país fuimos culpables de la deuda, ellos se aprovecharon de ella para imponernos **su** salida.

La nueva estrategia, que ha surgido de esa circunstancia, ha tenido por objeto no insistir en una perspectiva apoyada en la expansión del mercado interno sino en un proyecto de globalización transnacional, no plantearse ya las posibilidades de un crecimiento basado en las condiciones y potencialidades internas, sino en la globalización, el TLC y el capital extranjero. Siendo el crecimiento un postulado ideológico, una añadidura concedida por necesidad de propaganda, pero no un resultado tangible, verificable, concreto.

Esa es una postura ideológica. Como lo es también el descalificar algunas políticas

anteriores exhibiéndolas fuera de contexto, y presentándolas como el origen de distorsiones o de fracasos. No nos interesa hacer ninguna apología de tiempos idos que pudieran haber sido mejores. Lo cierto es que el equivocado y paternalista sistema caduco, agotado, ineficiente, de tufo nacionalista y antiimperialista, latinoamericanista, estatista (¡ puf !), y que hoy ha sido debidamente satanizado y desprestigiado, además de heredarnos la crisis, y de habernos conducido efectivamente al endeudamiento, permitió, antes de agotar su papel, y durante muchos años, una elevación de las condiciones de vida de la población, un claro, comprobable y sostenido aumento en los índices de bienestar (salud, educación, empleo, ingreso, vivienda, alimentación). Si bien como ahora queda claro no llegó hasta los más necesitados. Cosa que estos años de eficiencia, productividad, modernismo y apertura no han conseguido salvo para una minoría. A pesar de los esfuerzos de malabarismo estadístico y de la difusión de verdades a medias, que son en realidad una forma sutil de mentir.

Los cambios en la política

Mistificaciones aparte, y ya que hemos puesto el fondo de las cosas sobre la mesa, habría que decir que estos paradigmas de la modernización, rompieron con otro conjunto de normas y valores que habían sido funcionales al grupo gobernante, y que los paradigmas anteriores comprendían, además de una visión sobre el estado, la vieja alianza que sostuvieron los campesinos con él.

Dos cuestiones parecían haber definido esa alianza: originalmente, el que las fuerzas protagonistas de la Revolución hayan estado integradas por trabajadores del campo, y que ellas dejaran su impronta o programa en los partidos que conformaron el grupo gobernante, en la legislación constitucionalista que recogió los objetivos y esperanzas de los insurgentes, y en el aliento o ideología nacional. En un sentido histórico podría hablarse de la conformación de los paradigmas políticos que configuraron al estado mexicano y al régimen de gobierno. Pero en segundo término también se trata de algo más simple, esto es, de la base social de apoyo necesaria para mantener vivo al régimen político.

Lo que se agotó en este caso no fue ese cimiento, ni sus implicaciones, sino la capacidad del grupo gobernante para mantener vigente el proyecto en medio de las condiciones cambiantes del mundo. No era fácil; y, lo que es más, no era posible en forma aislada, solitaria, sin una estrategia internacional y una alianza con los países semejantes. No dependía del todo de las iniciativas inscritas en nuestras fronteras, ni de factores constreñibles a la economía. Partimos tan sólo de ese hecho: la incapacidad del grupo que gobernó a México durante sesenta años (1921-1981) para seguir ofreciendo perspectivas lo hizo a un lado del poder. Lo que llegó podemos ahora caracterizarlo como una nueva estrategia que no se basa en la vieja alianza del Estado con los campesinos y con las clases populares urbanas, sino con el capital ransnacional.

Dicho en la terminología que venimos empleando, se trató de la sustitución de los **paradigmas del estado justo** por los **paradigmas del realismo político**.

Este es un asunto de la filosofía política, pero su actualidad justifica que abundemos en él: el origen del estado justo se remonta a los griegos. Después del asesinato de Sócrates los

pensadores reflexionaron de qué manera conciliar justicia y felicidad. Sócrates destruía la felicidad de los ciudadanos al romper con su rigor lógico la cohesión de ideas y valores que mantenían a Atenas en una paz de las conciencias. Sócrates carecía del pudor que Zeuz había prescrito para los ciudadanos. Y la justicia que Sócrates demandaba, que tenía una dimensión moral y ética, requería entonces de un nuevo ámbito donde se conciliara la ética y la política. Quienes conocen esa historia admitirán que el resultado de todo esto lo formuló Aristóteles, en sus obras **De la política y Etica Nicomaquea**.

Paradigmas de la identidad nacional

En nuestro país, ese ideal de justicia del estado nos llegó mediado por la Ilustración, en las proclamas del cura Hidalgo y del Generalísimo Morelos. Fue luego enriquecido por los constituyentes y perfeccionado durante La Reforma. (Puede verse al respecto la obra **Sobre la Historia del Liberalismo Social**, del Centro de Estudios Estratégicos. 1993). En lo que desembocó fue en un conjunto de paradigmas constitucionales y de gobierno que pasaron a formar parte de la identidad nacional: el artículo 3°, el 123, el 27, el 28, el 115, etc. Los principios de la rectoría del estado, la economía mixta y la justicia social. Un conjunto de premisas y reglas que además de responder a las expectativas de los grupos sociales protagónicos de nuestro proceso histórico, conseguían un delicado equilibrio entre ética y política, entre valores nacionales y economía, entre administración pública e intereses sociales, entre dimensión pública y dimensión privada de las personas. (Esto podría ser motivo de una larga exposición, que obviaremos por el carácter del texto).

Pero con los cambios en la economía, el régimen político de orientación o rasgos sociales, así como los paradigmas del estado justo, se quedaron sin sustento. Dicen los filósofos de la teoría política que el estado justo o justiciero se caracteriza, --y no hablando de México sino del mundo occidental en general--, entre otras cosas, por el estatismo; el poder unitario, que podría verse en nuestro caso como la supresión práctica de la división de poderes; el despotismo ilustrado --o la sustitución de democracia política por la democracia en el quehacer público que modera la riqueza y la miseria (decimos nosotros)--; la existencia de vínculos comunitarios en la sociedad, (de tipo *Gemeinschaft* dice José Rubio Carracedo), --y que nosotros vemos presentes en el ejido y las cooperativas, además de la comunidad--; una concepción providencial del ejercicio del poder y una legitimación *ius naturalista*. Dicen también que sus planteamientos políticos son abstractos e intemporales, como aquello de la justicia social que tuvimos como sustento del discurso público, o el de tareas y metas de la revolución que nunca se alcanzaban. Todo lo cual debía ser sustituido con el nuevo curso económico emprendido.

La alternativa fue el estado del realismo político. Sus paradigmas, según estos mismos estudiosos de la filosofía política en que nos apoyamos, son: el estado mínimo coercitivo, la autolegitimación, la dominación como objetivo del poder, una ética instrumental, un talante pragmático, el primado del ejecutivo sobre los otros poderes, la exaltación de la libertad individual como supremo valor político, un régimen oligárquico, un planteamiento político contextualizado, y una sociedad que sustituye lo comunitario por lo asociado. (*Nicht Gemeinschaft sondern Gesellschaft*). (Para quienes duden de la extraordinaria coincidencia de tales

formulaciones teóricas con los hechos que referimos pueden urgir en el texto **Paradigmas de la Política**. de José Rubio Carracedo.)

Paradigmas y autoritarismo

Una confirmación de lo que arriba decimos en un sentido teórico se encuentra en la aguda observación del periodista Carlos Ramírez. Sin que se vaya a confundir el ejercicio de la política con los paradigmas en que se sustenta, conviene observar la confirmación, de un principio o modelo, en sus variables. El periodista dice:

"La concepción de gobierno de Miguel de la Madrid y de Carlos Salinas fue excluyente. Es decir, se fundamentó en tres criterios básicos: 1. El problema nacional era exclusivamente económico y productivo. 2. La clase política tradicional había agotado sus posibilidades de gobierno. 3. El país necesitaba cancelar su vía tradicional de desarrollo y encauzarse en otra. "Los gobiernos de De la Madrid y Salinas fueron víctimas de las contradicciones del sistema: un aparato político abierto permitió el acceso al poder de un grupo político cerrado. En este esquema, el principio del fin del sistema priísta se dio a mediados de 1987 cuando el grupo delamadridista-salinista le cerró los espacios de participación a importantes grupos priístas(...) La soberbia política les hizo concluir que ese grupo político no era necesario. (...) el salinismo en el poder se dedicó no a construir un camino equilibrado para el país, sino a liquidar al cardenismo como fuerza política de oposición (...) A estas alturas de la crisis nacional nadie puede ocultar la principal falla de gobierno del presidente Salinas: **la soberbia política en el ejercicio del poder.(...) la tendencia a negar la realidad.** (...) La política salinista cometió el error no de conocer y reconocer la realidad, aprehenderla y tratar de influir en ella, sino de ignorarla y entenderla en función de los intereses salinistas." (Hasta aquí Ramírez, Revista **Siempre** enero 26 de 1994).

El grupo gobernante, decimos nosotros, fue presa de sus paradigmas políticos. Esos paradigmas lo hacían ciego no solo ante lo que estaba pasando, sino también ante lo que estaba por venir. Ni siquiera estaba en condiciones de interpretar la realidad en la medida que no coincidía con sus intereses. Pero volvamos a nuestra exposición.

Parálisis paradigmática

Lo que pasó después de la sustitución del estado justo por el estado del realismo político debería estar claro. Y sin embargo la Nación no ha querido reconocer su presente; y quienes gobiernan minimizan la respuesta que la sociedad ha dado, así como la magnitud de los cambios que se venían instrumentando, dándole el nombre de "Reforma", para no ser vistos como advenedizos, en el mejor de los casos, en un proceso histórico suspendido, sustituido, reorientado. Peor aún, concediendo la sinceridad a estos protagonistas, diríamos entonces que acaso han pretendido asumir la conciencia y el interés nacionales, sin entender quiénes son ellos mismos. O como hubiera expresado algún filósofo: la razón de la historia podría haberse valido de ellos para intervenir aún sin revelarles sus intenciones últimas o su verdadero contenido.

Paradójico ha sido que en los momentos en que más seguros se encontraban de la certeza de sus decisiones éstas fueran impugnadas por la violencia desesperada de los más viejos habitantes de México. Por esos que Bonfil llamó "el México profundo".

Lo que el gobierno perseguía hasta antes del 1º de enero, y que acaso todavía pretende, puede ahora quedar resumido así: la agricultura tiene que reducir su significación social en la modernidad mexicana. Al mismo tiempo, su contribución al Producto Nacional tendrá que ser más alta. No deberá esperar porciones crecientes del gasto público sin ofrecer a cambio divisas o artículos con precio competitivo. Se le concederá el derecho de comprar barato lo que llegue de fuera y se le vetará el de vender con precios por encima de los que oferten nuestros socios. En lugar de seguir produciendo caro el monto actual de cereales (maíz, trigo, arroz, sorgo) y oleaginosas o frijol, se deberá ajustar su superficie y producción a dimensiones que sean competitivas. En lugar de los bienes que hoy se obtienen en forma antieconómica deberán sembrarse aquellos que el mercado internacional está esperando que le presentemos. Compraremos más alimentos, y con ello cumpliremos con la llamada "interdependencia" que nos condena a consumir más maíz amarillo, arroz quebrado filipino, mezclas de aceites importados, y papayas de Hawai. A cambio se le encomendará al campo la provisión de bienes exóticos que mucho aprecian nuestros vecinos y que nos pagarán a precio comparativo más alto.

Se transferirá la infraestructura generada por el estado y el pueblo durante muchos años a la iniciativa privada, que es quien tiene espíritu emprendedor y está dispuesta a aprovechar sus potencialidades y a capitalizarlos. A los campesinos se les cobrará el costo real de los servicios. No se regalará el agua, ni la investigación, ni la capacitación, y menos aún el crédito. Sobre ese mar campesino de la ineficiencia que se traga todo presupuesto se lanzarán balsas de salvación a que podrán nadar los que desarrollen la técnica necesaria.

Para nuestros planificadores actuales, nuestra modernidad obliga a emparejar cuestiones macroeconómicas con nuestros socios. Y actualmente nuestros socios emplean menos del siete por ciento de su población económicamente activa en la producción agropecuaria, cuando esa población aporta bastante más del quince por ciento del valor total generado por la economía. En cambio, en nuestro país, en donde más de una cuarta parte de la población se emplea en actividades agropecuarias, apenas aporta un diez por ciento del valor total generado en la economía. En otras palabras, son muchos para aportar tan poco. Y no viene al caso si ellos piensan o calculan en montos de satisfactores o si representan una forma distinta de la economía. Para estos planificadores esta población sobra.

Lo que se proponen es sacarlos del campo, deshacerse de su excedente. Y como no saben historia, y como solamente conocen fórmulas sobre proporcionalidades y relaciones de eficiencia, aprendidas en la modernidad, desconocen el hecho de que en los países metropolitanos a esta población "excedente" se le tuvo que emplear en la industria y los servicios o sacar del país. Pero como no han diseñado ninguna política de industrialización ni desarrollo, y como esperan que nuestra apertura genere automáticamente nuevos empleos, simplemente han empezado a aplicar una política que desaliente la producción del campo, que provoque una concentración del suelo (reformas al Art. 27 constitucional) para alcanzar economías de escala, y expulse a la población sobrante.

Y suponen que cuando hayan conseguido sacar del campo a los que sobran, según este esquema de cambio, entonces los pobladores rurales se habrán reducido a un porcentaje manejable, que les permitirá aplicar los mismos esquemas macroeconómicos que nuestros socios y vecinos, para subsidiarlos. Y esa población habrá alcanzado la dicha, y México será más grande.

No hablaremos aquí de cómo las ilusiones de nuestro equipo dirigente se resquebrajan ya ante la exigencia social de democracia, política y económica; ante el desempleo estructural; la ausencia de perspectivas de la industrialización bajo el modelo occidental en una economía dependiente y subordinada; ni de cómo la conversión urbana de los pobladores del campo sólo acentuará los problemas del país en su conjunto. (Ello puede verse en nuestro ensayo **La agroindustria, horizonte campesino de industrialización**. CEESC, 1994). Lo que nos ocupa es el enfoque global y sus efectos o impactos en el campo.

Cimentada en esa perspectiva económica, la sociedad occidental que nuestros gobernantes nos han ofrecido es la sociedad de la técnica, de la máquina, del productivismo. Una sociedad que mueve hoy a los principales países desarrollados en una competencia por el control de los mercados y por el dominio y la aplicación del conocimiento. Su expresión como conjunto humano, es la del hombre que estudia para calificarse, la del ciudadano que forma parte de estructuras e instituciones eficientes, la del productor que persigue incesantemente la superación de sus niveles de productividad y organización técnica, la del sujeto que cambia su búsqueda del tiempo libre por una febril necesidad de consumo, de ingreso, de aparatos, de modernidad... Su remate político es la de un estado administrador, no un estado tutelar, la de un gobierno impulsor de la empresa y la eficiencia y no perpetuador del atraso, la de un régimen político de individuos que toman opciones en forma personal y atomizada, no la de organismos políticos que conducen o proponen programas o demandas colectivas, y menos aun ancestrales...

EL 1º DE ENERO, UNA FECHA EN QUE DOS MEXICOS SE ENFRENTAN

Los diez años de paciente preparación militar de las comunidades tienen atrás otros cuatrocientos noventa y uno en que los indígenas vienen resistiendo a la modernización y la razón occidentales.

Así como ha sido invisible ese proceso de organización del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, así, dentro del México invisible para los ojos lerdos de la modernidad, respira una realidad inmemorial. Una realidad a veces sincrética y a veces completamente indígena. Una realidad que pareciera emparejarse al cambio o las preocupaciones del vértigo productivista, pero que en el fondo posee otros ritmos y trasciende la experiencia racionalista y su relación con el mundo.

Paradigmas del mundo indígena

En ese ámbito los fenómenos parecieran tener el mismo significado que para el hombre de nuestros días, pero en el fondo y en realidad tienen otro sólo visible desde el mundo indígena o prehispánico, "prerracional, y prelógico". Completamente distinta de esa concepción moderna o civilizada del mundo que han pretendido inculcarnos como superior a la comunión del hombre con la naturaleza.

Desde la conquista se ha pretendido que esa visión indígena quedó inscrita, subsumida o incorporada al mundo de la modernidad. Primero de la visión cristiana del mundo, después a la concepción occidental del hombre. Ahora a la perspectiva globalizante y mercantil. Pero a pesar de su inclusión dentro del mundo occidental, esa cosmovisión indígena y campesina persiste. Y tiene otros horizontes.

Otra dimensión del tiempo

Dice Antonio García de León (en su ponencia del Coloquio Jakobson, Revista **ensayos**, núm 18, 1993 Fac. Ec. UNAM) que los campesinos han definido y localizado un fenómeno de expansión y contracción del tiempo, en donde los acontecimientos se suceden a un ritmo mas lento y en periodos cíclicos. Lo que es radicalmente distinto a esa concepción de la historia como "una sucesión de momentos múltiples que eran importantes **per se** o que de alguna manera indicaban un "sentido", un avance unilineal hacia un fin predeterminado y que se podía predecir con certeza: sólo bastaba con relacionar entre sí los acontecimientos y sacar las conclusiones pertinentes"

Este tiempo del progreso, que nosotros creemos que se detiene donde termina el pavimento y ondean las milpas, es, siguiendo a García de León, "la historia narrada desde por lo menos el siglo XVII (...) desacralizando el Gran Tiempo de las mitologías antiguas, es el tiempo profano que avanza sobre el tiempo sagrado, y es con el surgimiento del capitalismo cuando por primera vez se universaliza una visión del pasado lineal y finita, absolutamente opuesta a las destrucciones periódicas del universo (...) que aparecen en todas las sociedades arcaicas".

Al lado o paralelamente a ese "progreso", lo que avanzaba en Chiapas era una inmensa tristeza, o como resumen mágicamente los sabios del Consejo Clandestino Revolucionario Indígena: "Tan grande era el dolor y la pena que no cabían ya en el corazón de unos cuantos y se fue desbordando, y se fueron llenando otros corazones de dolor y de pena, y se llenaron los corazones de los más viejos y sabios de nuestros pueblos, y se llenaron los corazones de los hombres y mujeres jóvenes, valientes todos ellos, y se llenaron los corazones de los niños, hasta los más pequeños, y se llenaron de pena y de dolor los corazones de animales y plantas, se llenó el corazón de las piedras, y todo nuestro mundo se llenó de pena y dolor y tenían pena y dolor el viento y el sol, y la tierra tenía pena y dolor. Todo era pena y dolor, todo era silencio (...) y por esto dejamos atrás nuestras tierras, nuestras cosas están lejos, dejamos todo todos, nos quitamos la piel para vestirnos de guerra y muerte, para vivir morimos. Nada para nosotros, para todos todo... Que nuestro camino sea el mismo para todos: libertad, democracia, justicia."

Y entramos de nuevo en el tiempo sagrado, donde el hombre permanece, y en donde la destrucción cíclica del mundo, con la muerte y la violencia, ha de dar origen al ciclo eterno del tiempo... Y el tiempo arcaico de la tierra cuestionó al libre comercio que alteraba su vida. Y el tiempo inmemorial exigió la restitución de la tierra que nos da la vida. Y el tiempo indígena de la historia fue como una gran hoguera que consumió tratados y decretos, reformas de papel y propósitos extraños...

Otra modernidad

Pero esto es cuestionar algo más que la política gubernamental; bastante más que los programas sexenales. Es tanto así como contraponer a la noción del tiempo de la modernidad occidental y el progreso, el orden sagrado de la modernidad, una alternativa moderna de comunión con la naturaleza. Esta modernidad postularía, en una lectura intencionada de las proclamas zapatistas, poner la pluralidad, la diversidad, y sus incompatibles horizontes, como sustento, como verdadera base de un futuro común, verdaderamente compartido.

En esta modernidad indígena no cabría la subsunción del mundo tradicional en el mercado global, sino el respeto hacia su identidad, hacia su cultura y su ámbito sagrado. En esta modernidad no sería posible sacar a la "población excedente" de las tierras que han sido suyas desde siempre, sino el reconocer el carácter inalienable que tienen y restituir lo que les pertenece. En esta modernidad no cabe el mundo uniforme del productivismo, sino el respeto por el tiempo diferente, donde pueda sustituirse el dolor y la pena por el gozo y la satisfacción.

En este horizonte de presente y futuro no cabe el estado modernizador, sino el estado con justicia.

Como dice Enrique Dussel (en su ensayo sobre **Modernidad y Eurocentrismo**, en **economía informa** Fac.Ec. UNAM núm 222 oct 1993): "sólo cuando se niega el mito civilizatorio y de la inocencia de la violencia moderna, se reconoce la injusticia de la praxis sacrificial fuera de Europa (y aun en Europa misma), y entonces se puede igualmente superar la limitación esencial de la "razón emancipadora". Se supera la razón emancipadora como "razón liberadora" cuando se descubre el "eurocentrismo" de la razón ilustrada, cuando se define la "falacia desarrollista" del proceso de modernización hegemónico. Esto es posible, aun para la razón de la Ilustración, cuando éticamente se descubre la dignidad del otro (de la otra cultura, del otro sexo y género, etcétera), cuando se declaran inocentes a las víctimas desde la afirmación de su alteridad en función de su identidad en la exterioridad como personas que han sido negadas por la modernidad. De esta manera, la razón moderna es trascendida (pero no como negación de la razón en cuanto tal, sino de la razón violenta eurocéntrica, desarrollista, hegemónica). Se trata de una "transmodernidad" como proyecto mundial de liberación donde la alteridad, que era coesencial de la modernidad, se realice igualmente. (...) La "realización" sería ahora el pasaje trascendente, donde la modernidad y su alteridad negada (las víctimas), se correalizarían por mutua fecundidad creadora."

Y no se agota ahí la lucidez de Dussel, pues todavía agrega: "de manera que no se trata de un proyecto premoderno, como afirmación folclórica del pasado, ni un proyecto antimoderno de grupos conservadores, de derecha, de grupos nazis o fascistas o populistas, ni un proyecto posmoderno como negación de la modernidad como crítica de toda razón, para caer en un irracionalismo nihilista. Debe ser un proyecto "transmoderno" (...)

Un proyecto donde los muchos Méxicos tengan un lugar y una certeza de que el estado nacional no se opone a su existencia, ni permitiría que las fuerzas internacionales se opusieran. Un proyecto donde el estatus concedido a las etnias no los subordina al proyecto de una modernidad que sólo representa el interés de algunos, por muchos que estos sean. Sensiblemente un sector globalizado o en proceso de globalización. Un proyecto donde coexistan diversas dimensiones del tiempo y de la historia, y no se pretenda constreñir ninguna a las fronteras de cuatro municipios, que no son más que una convención artificial no sólo sobre la naturaleza, sino también sobre la cultura, la historia y el dolor y la pena.

Práctica instrumental y sacralización

Pero no se niega con esto la adquisición de una perspectiva práctica e instrumental que ciertamente han aprendido los indígenas de nuestra cultura. Tan no se niega ese aspecto, que han sabido empuñar las armas modernas de la civilización: las armas de fuego, las de los medios de comunicación, las de la política y la negociación. Entendiendo la cultura, en este caso, como el aspecto utilitario del mundo occidental. Pero sin que ello haya significado nunca que la visión o cosmovisión correspondiente haya sido adoptada junto con sus herramientas.

Y no sólo en la selva. Y no sólo en el campo. Pues la sacralización todavía mueve a los campaneros que diariamente hacen sonar las 24 masas metálicas de la catedral, en el amanecer y al angelus, invadiendo el espacio del Zócalo en nuestra capital. Para ellos no es el rito cristiano sagrado el que impulsa sus músculos o mueve sus sentidos, sino la dimensión del gran Teocalli que está debajo de las construcciones del período colonial.

El doce de octubre pasado no sólo lo hicieron manifiesto, incluso celebraron una ceremonia dentro del ritual conchero que sacralizaba sus actos sincréticos como parte del mundo mágico de los aztecas.

Estrictamente hablando, mientras el mundo occidental ha visto sucederse a la Colonia y la Independencia, a la Reforma y la Revolución, al Cardenismo y la Reforma de Salinas, el mundo prehispánico ha mantenido una continuidad, una misma búsqueda de la naturaleza, de la colectividad y de las instituciones al servicio de la gente.

Mientras puedan subsistir -y han subsistido cinco siglos-, seguirán recreando esa visión del mundo; seguirán construyendo, a partir de la tierra, como naturaleza y como madre, una opción de vida.

El indígena original, o que conserva aun su identidad, no existe, como nosotros, en una realidad grosera, banal, cotidiana, externa a la conciencia, sino en un orden mítico, mágico o no natural; donde lo divino o sagrado no es concebido, como en el hombre occidental, en la manifestación única de dios, sino en un conjunto sucesivo y creciente de expresiones o manifestaciones que hacen, de la realidad toda, una realidad mítica, o mágica, o sagrada.

Esa relación, o mejor dicho esa pertenencia del indígena con su entorno, lo hace reflejar y aprender de una manera distinta la realidad de como la concebimos nosotros. Para nosotros "sólo es posible conocer a través de lo conocido", a excepción del conocimiento temprano, nuestra ciencia es conceptual, abstracta, generalizadora, sintética, capaz de relacionar ideas; racional en una palabra.

La conciencia indígena

En el indígena la conciencia es, además de práctica, fenoménica; es una forma de conocer por su experiencia directa y por la mitologización que hace de la realidad. Para él, además de la conciencia evidente, existe la identidad, que es una concepción sobre su historia y sobre su comunión con el mundo; sobre su creación y el sentido de continuidad con sus valores.

En un artículo verdaderamente luminoso, uno de los periodistas que visitó Chiapas, (y que antes había hablado como el más chato de los occidentales), alcanza a percibir esta visión y a trasmitirla. Escuchemos a Epigmenio Ibarra en su artículo ¿Quiénes son los zapatistas? (La Jornada 6 de febrero.):

"El uniforme, el escalón de mandos, los grados, son asumidos no como parte de un ceremonial militar, artificioso por tático, sino por el contrario, entran en el universo de una cosmovisión indígena. Los atributos de la autoridad, de la nacionalidad, del rango social, se expresan en el grado, en el uniforme, en el arma que se porta. Las formaciones son rituales, ceremonias. La vía armada y los fusiles un destino inapelable.

"Arrancar a estos hombres y mujeres su uniforme, pensar en que pueden entregar su arma es como plantearse que abandonen sus trajes, que dejen de traer el bastón de mando, que olviden tradición, historia y dignidad. A las consideraciones políticas que, obviamente, están soportando la lucha, se suman otras de un carácter no descifrado y que sólo se percibe cuando se les mira saludando a un superior o a un compañero.

"Aquí se ha producido un hecho inédito en la historia de las luchas guerrilleras. Hay una especie de fusión integral entre ladinos e indígenas. Se percibe, incluso, una especie de relación de servidumbre entre el subcomandante Marcos y el Comité Clandestino Indígena Revolucionario. Esta subordinación va más allá de la pura apariencia propagandística, del puro manejo tático, se respira.

"(...) quizá Margarita Nolasco es quien mejor ha captado este asunto. Habla ella de la existencia de una 'élite indígena ilustrada'. Su definición casa perfectamente con lo que se percibe al hablar con los miembros del Comité Clandestino. El Comisionado Camacho debe estar claro que su interlocutor no será necesariamente, o por lo menos no únicamente, el subcomandante Marcos.

"(...) Las armas son y están en el centro del debate, se han vuelto además, para los combatientes del EZLN, cuestión de sobrevivencia, símbolo, elemento constitutivo de una dignidad recuperada.

"(...) están dispuestos a pagar lo que sea porque creen que aún no se valoran sus planteamientos. La negociación no es táctica para ellos: o es real o se rompe. (...) están claros de que militarmente tienen mucha fortaleza (...) por la amplia base social que los cubre como un manto impenetrable. Basta caminar con una columna para percibir el grado de vinculación con la población social. A esto sumemos la selva y la montaña. En ese terreno cien mil soldados se pierden. (...)" Hasta aquí Epigmenio Ibarra.

Esa conciencia indígena coincide tangencialmente con la nuestra. Valora la vida humana, por ejemplo. Reconoce el valor. Aprecia lo bello. Pero no comparte el manipuleo político ni admite la oquedad, el vacío de las palabras. De hecho nos comprende, aunque no vea ni perciba la realidad como nosotros. Para nosotros el suelo es una materia orgánica; para ellos es la madre tierra. Para nosotros la producción es un acto económico para la obtención de mercancías. Para ellos existe una comunicación con la naturaleza, una relación trascendental, en la que obtener satisfactores es algo más que un acto económico. El indígena puede abstraer, pero le es más significativo organizar taxonómicamente. De nada le sirven los discursos sobre democracia. Sólo distingue cuando él elige a sus representantes. No vive en un ámbito fantasmal de ideologías, sino en el mundo de las relaciones transparentes, donde la

imposición es imposición y donde el juego democrático es juego democrático.

No vive preso o expectante de las conjeturas, sino de las condiciones propicias. Y así como no violenta la naturaleza, sabe que en el mundo de los hombres son éstos los que crean, alcanzan, maduran las relaciones, los recursos materiales, la instrucción, para emprender actividades, crear instituciones, o preparar guerras emancipadoras.

El hombre blanco es sólo la mentira, el engaño, la opresión. El gobierno el aliado de sus enemigos y el sujeto sordo o ciego ante sus intereses y reclamos.

Acercarnos a su mundo no implica solamente disposición, apertura para el entendimiento. Implica, además, sensibilidad y hasta capacidad para compartir y percibir su mundo. Con él no caben las generalizaciones. No quiere hablar de los árboles, porque su bosque tiene tantos nombres... Más que concentrados en la razón los indígenas están situados en la inteligencia.

Dos visiones del mundo

Si queremos encontrar en el mundo indígena un grado inferior del desarrollo que nosotros tenemos, no estaremos sino proyectando nuestros paradigmas de vida, no estaremos sino atribuyendo, a otra realidad, el conjunto de valores que nos significan. Para ellos la riqueza no es, como para nosotros, algo contante y sonante. No produce intereses, ni se acumula en monedas. No existe para ellos, como lo postuló algún antropólogo eurocentrista (Sol Tax) un **Capitalismo de los centavos**. Para ellos simplemente no existe en su dimensión del tiempo y de la vida una perspectiva semejante. Más aun, en Tzotzil no existe la acepción de desarrollo para la sociedad, tan sólo para la naturaleza (ta xch'i, ta slin sba). Tampoco en tojolabal. Para ellos no tiene sentido la noción de progreso. Ni en Chol ni en Tzeltal hay vocablo equivalente. El que sí existe es el de justicia (jech smelol).

Chiapas es en este sentido una realidad ajena a los paradigmas de la modernidad occidental, un ámbito del mundo indígena y campesino.

Para los partidarios del TLC, del PROCAMPO, y el PRONASOL, la realidad es profana, instrumental, moderna. Para los indígenas es tan sólo la llegada de los extranjeros, el fin de los precios de garantía, -que era un vínculo no dañino con la modernidad-; la acción irrestricta del mercado, que hoy los despoja a través de los coyotes, de los caciques, y de los funcionarios. Lo que pareciera un asunto religioso, o ierofánico, es, en realidad el de la destrucción del mundo. (El concepto **ierofanía** lo introduce Mircea Eliade como aquél que se aproxima más al fenómeno de sacralización mitológica).

Lo que ha hecho la reforma de Salinas es amenazar su esperanza, su expectativa de tierra y autodeterminación, su supervivencia como colectividad. Solo en la colectividad pueden seguir siendo lo que son. Lo que ha hecho la llegada del comercio globalizado y la apertura es suprimir los mecanismos que durante tantos años aminoraron su perpetua crisis, su inmemorial carencia.

Por ello, justamente el TLC y Salinas son conceptuados como una sentencia de muerte y un agente ilegítimo en el proceso histórico, además de en los procesos electorales que confieren legitimidad. Y por ello apelan a la conciencia histórica de los mexicanos para decidir juntos el destino común.

Heterogeneidad estructural

En Chiapas desde luego existe la agricultura moderna y la actividad empresarial. Encontramos cultivos de exportación y producción de autoconsumo. Productores eficientes y masas de empobrecidos. Microfundios y grandes propiedades. Fincas y unidades ecológicas de los campesinos tradicionales. Lo predominante, socialmente hablando, es el mundo indígena y tradicional. Lo dominante, económicamente visto, es el latifundismo y un proceso de acumulación despiadada. Desglocémoslo:

Tres millones docientos mil mexicanos vivían en Chiapas en 1990, según el censo general de población. A la tasa de incremento demográfico reconocida, y según el incremento ocurrido en la década anterior, hoy deben ser tres millones setecientos mil mexicanos. Pero la población humana no fue lo único que creció. Dice Thomas Benjamin, uno de los principales estudiosos de aquél estado, que la "ganaderización", a partir de 1950, fue rápida; tan rápida como la destrucción ecológica. Entre ese año y 1985, la tierra bajo cultivo y la población crecieron al mismo ritmo --se cuadruplicaron--, pero el número de cabezas de ganado aumentó con mayor celeridad: creció siete veces. Como resultado de este proceso, los ganaderos y las comunidades indígenas se encontraron en posiciones opuestas, antagónicas, luchando por el recurso escaso fundamental: la tierra." (Lorenzo Meyer, *Excelsior*, 6 de enero de 1994)

"En 1960, los individuos con propiedades de 1,000 hectáreas o más constituían 2.4% de los propietarios privados en Chiapas, pero controlaban 60 % de la tierra no ejidal. Por otro lado, los ejidos --1900-- cuentan con una superficie equivalente en valor a sólo un tercio de la superficie privada, y su característica es la pulverización de la parcela." (ibid).

En la explicación o recuento histórico del conflicto, sus protagonistas expresaron esta realidad con sencilla y contundente claridad: "(...) los compañeros vieron que el problema no era el de la autodefensa de una comunidad, o de un ejido, sino que era necesario establecer alianzas con otros ejidos, con otras comunidades y comenzaron a hacer contingentes (...) Hubo un estancamiento hasta que el supremo gobierno tuvo la brillante idea de reformar el 27 y ese fue un poderoso catalizador en las comunidades. Esas reformas cancelaron toda posibilidad legal de tener tierra, que era lo que finalmente los mantenía como grupo paramilitar de autodefensa.

"Luego llegó el fraude electoral del 88 y ahí los compañeros vieron que tampoco el voto servía porque no se respetaba lo que era evidente. Estos dos fueron los detonantes (...)" (Entrevista del sub-comandante insurgente Marcos con Blanche Petrich y Elio Henríquez, *La Jornada*, 6 de febrero de 1994).

Como dicen Guillermo Correa e Ignacio Ramírez en la revista **Proceso** del 10 de enero: "Había más de cien mil campesinos solicitantes de tierras. Sin embargo, el 30% de la superficie

total del estado, en posesión de grandes terratenientes, se dedicaba a la ganadería extensiva."

Allá, concluyen los articulistas, persisten los peones acasillados y una modalidad sutil de las tiendas de raya. Allá, el patrón dispone de las mujeres y mata impunemente a los campesinos. Como hace un siglo.

Reforma agraria moderna

Existe un libro clásico, estrujante, sobre el despojo de Lacandonia a sus pobladores originales. Junto con la crónica de Bernal Díaz o con los testimonios sobre los crímenes de Diego de Landa, forma la trilogía de la conquista, de la destrucción y el sojuzgamiento de los pueblos de lo que hoy se denomina Mezoamérica. Pero la Lacandonia fue conquistada varias veces. Cada vez que nuestra modernidad se renovaba.

"La Lacandona --dice Enrique Maza (**Proceso**, 7 de febrero de 1994)-- había sido explotada, en el siglo pasado, por diversos madereros. Más tarde, esas tierras fueron vendidas, fraccionadas o decretadas terrenos nacionales. Ya entrado este siglo, el latifundio forestal coexistía con el latifundio ganadero, que los indios llamaban finca. Al avanzar sobre la selva, los indios del éxodo afectaron intereses poderosos, entre ellos, los del Estado."

"Fue Luis Echeverría quien decretó la restitución de bienes comunales. Vivían en la selva una 60 familias de lacandones y unas 30 colonias de indios mayas, los indios del éxodo, con unas 4,000 familias. Echeverría, por decreto presidencial, 'restituyó' toda la Lacandona, 614,321 hectáreas, a los lacandones, y desconoció a los mayas. El presidente habló de restitución a los 'legítimos dueños'. Los historiadores han probado que no existe continuidad entre los lacandones históricos y los actuales. Tzeltales, tzotziles y choles quedaron excluidos y legalmente expulsados en 1972.

"Detrás del decreto presidencial se escondían intereses de empresarios y madereros, sobre todo de Nacional Financiera S.A. que, a través de la Compañía Forestal Lacandona S.A., quería llevarse la madera de caoba y de cedro. Apenas se tituló la selva a los lacandones, COFOLASA firmó contrato con ellos por 35,000 metros cúbicos anuales de madera --unos 10,000 árboles por año--, por un plazo de diez años, sin fijar el precio." (Maza, *Ibid.*)

De la autodefensa como antecedente del EZLN

"El Estado planteó la necesidad de reubicar a los mayas para 'preservar la selva'(..) Las acciones contra los mayas no se hicieron esperar. Empezaron las asambleas indígenas la discusión y la toma de decisiones. El acuerdo fue el rechazo a la concentración. La demanda fue el eje que aglutinó, cohesionó y dio origen a la **Quiptic**, Unión de Ejidos, y a la Unión de

Uniones.(...) y se fortaleció la defensa de la tierra nueva, que representaba la vida nueva, rota de pronto por decreto presidencial. Había nacido la nueva identidad." (Maza, ibidem).

Pero la lucha que ahora hemos presenciado tiene entonces, como sus mismos protagonistas dicen, una larga historia. Una en el tiempo largo de las injusticias centenarias. Otra en el tiempo actual de la resistencia y la defensa de las tierras para la alimentación y la vida humana. La agresividad de las comunidades en la defensa de sus intereses (Meyer, opus cit.) se ve en ciertas cifras: en los años setenta hubo 115 conflictos agrarios calificados como serios, de ellos 87 se debieron a disputas entre ejidatarios indígenas y ganaderos por el control de tierras comunales y ejidales. El uso del ejército y la policía para controlar el choque entre propietarios y ejidatarios se hizo uso corriente; al asesinato de campesinos --igualmente corriente-- hay que añadir los asesinatos de terratenientes por campesinos; la quema y destrucción de poblados y alcaldías, las amenazas y los anuncios de liberación.

En 1989, el profesor Benjamin que ya citamos, concluía que en Chiapas se vivía en un 'estado de sitio', donde la política era básicamente la política de la fuerza. Para 1987 el ejército tenía en ese estado cuatro mil efectivos...

¿Qué es lo que defendían estos cuatro mil efectivos del ejército mexicano? Según Luis Hernández Navarro, uno de los asesores de las organizaciones campesinas cafetaleras al mismo tiempo que uno de los principales analistas del campo desde el periódico **La Jornada**, en 1992 poco más de cien personas concentraban el 12% de las tierras. Cuando además se trataba, como siempre en estos casos, de las mejores.

El problema principal, como lo exponía meridianamente claro el Comandante Isaac, del Consejo Clandestino Revolucionario Indígena, es que "necesitamos esa tierra. Y sí, entendemos que no solamente es una colonia, un pueblo, un municipio, que le hace falta esa tierra. Más bien en todos los pueblos indígenas carece de tierra. Por eso desde hace 30, 40 años, ha venido luchando por un pedazo de tierra que nunca se le ha dado. Mientras que sabemos, que conocemos, hay personas que no son campesinos, poseen miles de hectáreas de tierras donde se alimenta ganado. Quiere decir que vale más tener cientos de ganados que tener a cientos de campesinos. Entonces quiere decir que valemos menos que animales. Por esas razones la gente está reclamando tierra desde siempre, pero el gobierno nunca ha entendido, nunca ha escuchado."

O como venía diciendo Luis Hernández, el problema más agudo no era ese de la tierra de labor, sino el de que poco más de seis mil familias ganaderas detentaran más de 3 millones de hectáreas. Esto es, casi la mitad de la superficie con la que cuenta el conjunto de la sociedad rural. (**La Jornada del Campo**, 25 de enero de 1994)

Ganadería y Latifundios

A comienzos de la década de los setenta --continúa Hernández--Chiapas concentraba el 37% de las fincas ganaderas existentes en el país. Habiendo fincado, la mayoría de estos ganaderos, la obtención de ganancias en la combinación de grandes extensiones y bajo costo

de la mano de obra. Cuando por lo demás el conflicto por la tierra entre ganaderos y campesinos tiene su origen no sólo en la solicitud de los peones de que se repartan los latifundios, sino también en la invasión de los terrenos ejidales y nacionales por parte de los ganaderos.

"(...) La 'familia chiapaneca' --salvo notables excepciones-- está constituida precisamente por los grandes ganaderos, cafetaleros y talabosques, que han destinado los recursos públicos para su beneficio personal. Los nombres de los más recientes gobernadores del estado coinciden, asombrosamente, con estos grupos de interés." Esta familia se imbrica o trenza con las distintas instancias del poder, de la administración y de sus organismos políticos.

El multicondenado Partido Revolucionario Obrero Campesino Unión del Pueblo (PROCUP), decía entre marzo y abril de 1993 en el número 61 del periódico Proletario que "en Chiapas incontables fueron las violaciones a los derechos humanos durante el mandato de Patrocinio González Garrido: asesinatos de líderes campesinos e indígenas en conflictos agrarios; desalojo a sangre y fuego de comunidades enteras en la lucha por la tierra; reformas fascistoides al Código Penal; cárceles llenas de campesinos, indios y luchadores sociales; acoso a periodistas por ejercer la libertad de expresión, llegando al crimen en algunos casos; asesinatos en serie de homosexuales, presumiéndose la existencia de 'escuadrones de la muerte' vinculados a jefes policiacos en la entidad; aumento del narcotráfico en todo el estado; persecución y cárcel a la Iglesia comprometida con el sufrimiento del pueblo y de los indios; estímulo por parte de grupos caciquiles y ganaderos a grupos paramilitares para asesinar a dirigentes populares, agredir al campesino e indígena y dedicados al secuestro y asalto a la ciudadanía." Así presentaba el PROCUP al recién nombrado Secretario de Gobernación (cita que hacemos sin avalar el contradictorio y dudoso papel que juega en la política de oposición este agrupamiento).

Antes de un año se lanzaría el **Llamamiento de la Selva** (declaración de guerra), y se tomarían siete cabeceras municipales y la mitad de una zona militar. "El alzamiento --como concluye Luis Hernández-- estaba justificado." No sólo era comprensible, y no solamente era ajeno al cretinismo pacifista e hipócrita de quienes mataban, torturaban, despojaban, creaban escuadrones de la muerte, concentraban tierras, y participaban en la dirección del gobierno nacional. Era un resultado directo, claro, consecuente, de un proceso de opresión, empobrecimiento, hambre y falta total de alternativas. O como lo expresa el mismo Hernández: "estaba justificado por la explosiva combinación de rezago agrario, carencias sociales, atrofia institucional, cacicazgo, deformaciones monstruosas en la procuración de justicia y falta de democracia."

Chiapas, sólo el ejemplo más dramático de una situación nacional

Y es precisamente esto último lo que eslabona esa lucha regional, indígena y desesperada, con el problema principal de la Nación mexicana. Con el obstáculo principal al que se enfrentan todos los grupos, inconformes, etnias, ciudadanos, al intentar soluciones a sus problemas, al

perseguir cambios en su condición: la falta de democracia.

En la entrevista concedida por el Comité Clandestino Revolucionario Indígena a la prensa, el Comandante Moisés asentó: "(...) tenemos mucha esperanza de que vamos llevando la lucha así a nivel estatal y nacional. ¿Por qué? Porque la situación que estamos viviendo no sólo es un estado ni sólo algunos pueblos sino que sabemos y conocemos que mismos hermanos están sufriendo muchos otros pueblos en muchos otros estados, así como estamos sufriendo donde vivimos. Es por eso que vamos avanzando, tenemos esperanza de que la revolución pues se triunfa algún día." (Blanche Petrich y Elio Henríquez, *La Jornada*, 4 de febrero de 1994.)

Fácil ha sido la posición de quienes han dicho, después del estallido, que no se justifica la violencia, que están abiertos los caminos. Por más que la experiencia nos demuestre lo infructuoso de transitar por ellos. Además, así como existen ritmos distintos entre el campo y la modernidad. Dentro de esta última también se ajustan las velocidades del cambio según un orden de jerarquías. Y la cuestión indígena no tienen precisamente una cercana o equiparable a la que se ha conferido a las negociaciones, a la apertura comercial o la desregulación.

Dicen los del **Grupo Moneda** que la gravedad de los problemas de pobreza y desigualdad hacen insuficiente el crecimiento económico sostenido de 3% anual que se ha venido planteando la presente administración. Y agregan: lo que urge más es una política de redistribución del ingreso. (*Excelsior*, 8 de enero de 1994). Cabe señalar que según datos recientes de la SHCP el crecimiento económico de 1993 fue de tan sólo 0.4%. El más bajo de los últimos 6 años. (*La Jornada*, 20 de febrero de 1994).

Si las desigualdades sociales y económicas no son atendidas modificando el patrón de redistribución del ingreso, agregan estos especialistas, "10% de la población más pobre del país deberá esperar 64 años para satisfacer sus necesidades esenciales; para el siguiente 10% la satisfacción de sus demandas llevará 33 años, el 10% siguiente deberá esperar 21 años y el siguiente y último segmento --que suma un cuarenta por ciento de la población que hoy no satisface sus necesidades esenciales--, esperarían diez años."

En la misma línea de pensamiento, Juan Antonio Zúñiga, cita el 26 de enero un estudio del Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) sobre la concentración del ingreso. Transcribimos en extenso a continuación su contenido: "Mientras los niveles de vida de la población con menores percepciones se han deteriorado más, la distribución de la riqueza ha tendido a una mayor concentración en el transcurso del presente sexenio, de acuerdo con cifras del Instituto Nacional de Estadística Geografía e Informática. De tal manera, al 10 por ciento de la población más rica corresponde 38.16 por ciento del ingreso nacional, mientras 10 por ciento de los habitantes más pobres participan del 1.55 por ciento de los recursos disponibles (...)

"Los resultados de la Encuesta Nacional de Ingreso-Gastos de los Hogares, correspondiente a 1992 --que por primera vez se dan a conocer apenas un año después de haberse realizado el estudio-- indican que 90 por ciento de los habitantes del país ha disminuido su participación en el ingreso total desde 1984, e inclusive se observa un declive en los estratos medios.

"El alejamiento de los dos extremos sociales parece cada vez mayor si se considera que

en 1992 el monto de los recursos de que dispusieron los aproximadamente 8.5 millones de habitantes más ricos, fue 23.6 veces superior al del 10 por ciento de los pobladores más pobres del país, cuando en 1984 esa diferencia era de 19 veces.

Desempleo y empobrecimiento general

"En apoyo de sus planteamientos, los estudiosos del ITAM indican que entre 1989 y 1992 el número de personas desocupadas aumentó 53.8 por ciento y, con base en los resultados de la más reciente Encuesta Nacional de Ingreso-Gasto, consideran que en ese período las tasas de desempleo fueron subestimadas por las encuestas urbanas que realiza el propio INEGI.

"El nivel y la tendencia al aumento del desempleo es mayor que lo que se estimaba, lo cual refuerza la idea de que la incapacidad de generar suficiente ocupación del mercado laboral está incrementando la desigualdad en la distribución del ingreso.

"El análisis agrega que, en el caso del mercado laboral, 'pese al crecimiento económico que se observó de 1989 a 1992, se destacan dificultades para absorber la mano de obra, lo que refleja mayores índices de desempleo abierto.' La reestructuración de empresas públicas y privadas, el redimensionamiento del Estado y la apertura comercial, influyeron también en la insuficiente capacidad para generar un mayor número de empleos.

"Esta reestructuración, -explica el estudio-, redujo de forma notable la utilización de la fuerza de trabajo, al hacerse un uso más eficiente de ésta, lo cual generó presiones para recapacitar y absorber a quienes quedaron desempleados.

"Por lo que respecta al impacto redistributivo en contra de las actividades agropecuarias, el análisis puntualiza que de 1984 a 1989 éstas redujeron su participación en la renta empresarial total de 47 a 22.7 por ciento, y en 1992 captaron 22.1 por ciento de ésta, lo cual refuerza el sesgo contra el campo en la distribución del ingreso'."

De esta forma a los mitos geniales de la pobreza, hoy tenemos que agregar los mitos estúpidos de los que piensan que la realidad descrita por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional existe más allá de cuatro municipios en el estado de Chiapas.

Una contribución a esos nuevos mitos la publicó el periódico **El Norte** el 12 de enero de 1994. Mencionaba ese diario que si bien en Chiapas la población rural ascendía a casi el 60%, en Oaxaca era del 53 % y en Zacatecas del 40 %. Que el analfabetismo, del 30 por ciento en el estado que nos ocupa, era del 27.5 en Oaxaca y del casi 27 en Guerrero. Que la población monolingüe y no castellana que es del casi 37 % en Chiapas, es del casi 36% en Guerrero y del 26 % en Durango. Que si bien en Chiapas el 41.5 % de las casas no tienen agua potable, en Guerrero es el 43 % el que carece del preciado líquido, y en Oaxaca el 42 %. Que en Chiapas carecen de energía eléctrica el 33 % de los hogares, pero en San Luis Potosí es el 27 %, y en Veracruz el 25.5 %. Y que si bien en Chiapas un 40% percibe un salario mínimo o menos, en Yucatán es el 33% el que subsiste con ese mismo ingreso, y en Hidalgo el 30 %.

Espiral de pobreza: cultivo de violencia

Juan Castaingts Teillery, investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y analista del periódico **Excelsior**, fue más allá en la obsesión por estos mitos. En su artículo del 8 de enero decía:

"La teoría neoliberal actual sostiene que, cuando se deja a las fuerzas del mercado operar libremente, hay una tendencia a la igualación de las regiones entre sí y que por lo tanto, no solamente hay un crecimiento global de la economía, sino que las regiones pobres tenderán a crecer más que las ricas hasta llegar al punto de igualación.

Pero "(...) los análisis modernos conducen a la conclusión contraria: cuando se dejan operar las libres fuerzas del mercado, los polos de crecimiento y de atraso tienden a acentuarse y la riqueza se concentra geográficamente, lo mismo que la pobreza.

"El libre mercado genera riqueza, pero también impulsa la pobreza; por eso, el neoliberalismo que hace del mercado su centro de adoración, es uno de los factores generadores de la sociedad polarizada en términos económicos y fragmentada en términos sociales, que es lo que actualmente vivimos en México.

"(...) Lo que se necesita es otra política más vigorosa, y claramente orientada hacia la ruptura de los eslabonamientos de la pobreza. Mientras eso no se haga, regiones como la chiapaneca, seguirán reproduciendo sus raíces históricas del atraso, y la sociedad mexicana seguirá sumergiéndose en una fragmentación social, que es, desgraciadamente, un caldo de cultivo de la violencia social. "

La crisis económica y la agricultura

Pero vayamos atrás. No a los siglos de injusticia, sino a los golpes recientes que han recibido los campesinos de Chiapas y de México. Partimos de una doble crisis. Una primera ya secular, añeja, que se remonta a las décadas de desarrollo estabilizador, en las que se privilegió la agricultura comercial; apenas se promovieron cambios en la agricultura tradicional; se dio un reparto a regañadientes; se acumularon decenas de miles de solicitudes agrarias que no se resolvían, pero tampoco se dejaban de recibir y aun de alentar sus esperanzas.

Una crisis que se origina en la concentración de la infraestructura hidráulica en las zonas orientadas a la exportación, que fue configurándose conforme la población crecía más que la tierra repartida a los campesinos y que los recursos orientados a ella. Crisis que hoy es tomada por los signos evidentes del microfundio y la pulverización de las unidades campesinas, y no en la falta de compromiso agrario gubernamental en todas esas décadas. Crisis que es hoy condenada en su perfil de ineficiencia del tradicionalismo; después de que durante tantos años ese sector tradicional contribuyó con la mayor porción de los alimentos, y de la mano de obra; al mismo tiempo que con una parte del consumo, del mercado y los votos electorales para el partido oficial. Crisis, en fin, de un mundo que a pesar de su vecindad con el progreso nunca supo interpretarlo, pues o bien mantuvo lo intemporal de una comunión con la naturaleza, o la arremetió contra el medio sobreexplotando los recursos impulsado por la ausencia de alternativas.

Una segunda crisis, o una nueva dimensión de la misma, llegó con los cambios que introdujeron en la economía para "salvarla". Con la secuela de esa política que ha visto la palanca fundamental del desarrollo y el crecimiento en la inversión foránea. O mejor dicho, de esa política económica que ante la insuficiencia del ahorro interno para representar una inversión digna de tomarse en cuenta -después del pago de la deuda y su servicio-, ha optado por elevar las tasas de interés para traer capitales del extranjero, generando así un alto costo del dinero, el crédito, y la producción en general, y asestando a la agricultura la puntilla económica al colocar más allá que sus rendimientos y utilidades los pagos y obligaciones hacia el financiamiento.

Sobre esa crisis, en medio de ella, los campesinos y los agricultores producen. Y por lo dicho, se entenderá que producen no porque vean o tengan ante sí un negocio claro, una economía promisoría. Producen porque no tienen alternativa, y porque los que la tienen y a pesar de ello siguen en el campo, están mostrando una preferencia extra-económica sucedánea del mandar su capital al extranjero. (Después de todo sigue habiendo productores y empresarios nacionalistas.) No vamos ahora a llenar de cifras al lector. La evidencia que se proclama tiene un carácter cualitativo. Estos campesinos y agricultores siembran maíz, sobre todo maíz. Unos porque lo han hecho desde hace siglos, y otros porque aprovecharon las últimas cosechas con precios de garantía, es decir, con garantía estatal para su ganancia. También siembran frijol por las mismas razones. A pesar de que las bodegas de CONASUPO están saturadas de este bien, y rebasen esas reservas, con mucho, la capacidad de distribución de esa empresa en todo un año. Lo que prueba, por lo demás que la producción campesina se atiene u obedece al consumo, a la necesidad, y es ajena, en lo fundamental, a la lógica del mercado, a la demanda y a la conversión o simple consideración del alimento como mercancía.

Una economía diversificada

Los que producen maíz para su autoconsumo (como alimento o forraje) producen, generalmente, otras cosas. Un poco de carne de su corral, algo de leche, hortalizas de traspatio, frutales de su huerto, artesanías, herramientas, a veces carbón o aguardiente o pulque, fibras, semillas, tortillas y hasta pan. Además, se ocupan en la siembra sólo una parte del año. Dedicando el resto a vender su fuerza de trabajo; al comercio; a hacer pastar, crecer y vender el hato; a la minería, la pesca, la recolección de leña, la explotación de la sal en cajetes o playas; a la confección de piloncillo o de muebles; y a las gestiones burocráticas, la administración de su ejido, su ayuntamiento o su heredad.

En su "ineficiencia" explotan lo que algunos agrónomos denominan subsistemas de producción, o agroecosistemas. Dedicándole a cada uno justo el tiempo necesario para desplegar su fuerza de trabajo disponible a partir de lo que el clima y las condiciones le han enseñado como rendimientos marginales decrecientes. En el curso del año, y gracias a un delicado cálculo que cientos de años han convertido en práctica y tradición, el campesino tradicional alcanza el "pleno empleo", junto con un aprovechamiento si no integral sí multivalente de todas las posibilidades productivas de su entorno. Su producto es la suma de muchos satisfactores, de muchas jornadas de carácter diferente, de muchos valores y sólo algunas

mercancías. Su ingreso es parcialmente monetario y parcialmente en especie, y su productividad sigue una gradación, que va desde aquél subsistema en que puede sobrepasar la productividad social media, y hasta aquella última que no sólo no sería rentable o competitiva, sino francamente anti-económica.

Pero su racionalidad no es de mercado, sino de satisfacción de sus necesidades y óptimo aprovechamiento de sus recursos. Y su perspectiva no persigue homogeneizar sus labores o reducir una fuente de producción a costa de las otras. Es un productor que, en la medida que pueda desplegar muchas tareas productivas, tenderá a diversificarse y a optimizar su producto total, la suma de todas sus actividades. No rechaza el mercado, pero sabe que no le ha sido favorable. Quisiera poder vender mejor, y cuando se le presentan las condiciones, no rehuye aumentar sus actividades mercantiles, hasta ahora fundamentalmente de mano de obra. Es el mercado globalizado el que rechaza a los campesinos, el que no les brinda espacios para su inserción como productores y consumidores.

Una economía que se especializa

En la agricultura moderna, por el contrario, los productores se han especializado para alcanzar no el uso óptimo de la mano de obra, sino el uso más intenso de la tierra y la fuerza de trabajo. Los resultados no son la suma total de actividades productivas diversas, sino el monto de un producto único. Producen no para satisfacer directamente con sus bienes la necesidad de consumo, sino para obtener dinero y comprar así los bienes necesarios. Tras décadas en que sólo entregaban su cosecha a las instituciones públicas o al acaparador, son nuevos en las lides de la compra-venta. No están acostumbrados, salvo excepciones, a observar o seguir la información de mercado. Su expectativa era por precios remuneradores, y la concertación de operaciones mercantiles la han vivido como un mecanismo que apoya al adquirente y no al productor. A veces han integrado cooperativas de consumo; y excepcionalmente comercializadoras. Sólo una minoría domina las condiciones del mercado global. Ante la insuficiencia de ahorro mantienen su proceso a través del financiamiento externo, y padecen en consecuencia las altas tasas de interés, cuando no son ya parte de las carteras vencidas.

Los más eficientes se han agrupado en figuras asociativas de segundo y tercer nivel, esto es, en uniones de ejidos, en ARICS -donde participan socios provenientes de distintas formas de tenencia-, y en Uniones de Crédito, que en su desarrollo vienen siendo condicionadas o atajadas por la legislación obsoleta (por ejemplo de la Ley de organismos auxiliares de crédito, que prácticamente veta los bancos campesinos). En Chiapas también existen este tipo de productores. Ahí se formó la segunda Unión de Crédito del país. Y en esa entidad se creó la Unión de Uniones, verdadero ejemplo de organismo regional cupular del sector social.

Expectativas

Todos, los de autoconsumo y los mercantiles, demandan y buscan capacitación, apoyos técnicos, créditos y más infraestructura. Antes, sabían o esperaban que el gobierno desarrollara o mantuviera ésta última. Ahora han oído que se las quieren transferir, pero no tienen idea de cómo mantenerla y, menos aún, cómo extenderla o acrecentarla.

En el sector de los tradicionales no se ha perdido la esperanza por aumentar su tierra o por obtenerla para las nuevas generaciones. Por eso han seguido acrecentando el número de las solicitudes agrarias. En el sector moderno se disfrazó mucho tiempo el proceso de acaparamiento y la renta, bajo el conocimiento de que se infringía la ley. Con la nueva legislación ha cobrado un nuevo vigor su actividad, aunque no haya podido sortear las limitantes financieras y siga pendiente más de expectativas que de mercados claros.

Conservadoramente, quince millones de mexicanos (que no son todos chiapanecos) dependen del sector no empresarial de la agricultura. Muchos de los cuales recibirán, por primera vez, un apoyo gubernamental a través de los pagos del PROCAMPO. Los otros recibirán un placebo para que no sientan cómo se desploma de un golpe su ingreso. La mayor parte del ingreso que se desploma no provenía de subsidios sino de una regulación del mercado nacional y su costo se cargaba a los consumidores, no al gobierno. Con PROCAMPO este costo se carga al gobierno y es, verdaderamente subsidio. Los subsidios no disminuyen, se incrementan sustancialmente en otra modalidad.

Los productores tradicionales, tienen en el corto plazo, una oferta imprecisa, si bien son los más amenazados a largo plazo por la apertura y las importaciones. Para ellos el destino dependerá de su capacidad para sortear el mercado y consolidar su capacidad de producción en una economía que se globaliza. Se dice fácil, pero implica comprar sólo en la medida que se vende, y convertir su comunidad en una organización con mayores vínculos solidarios y económicos. Los que no lo consigan serán simplemente desplazados.

Los productores empresariales, que se encuentran ya en el vértigo de los acontecimientos, aquellos que producen para el mercado, su única oferta es la asociación con el capital, a menos que ellos mismos puedan formular, financiar, ejecutar y operar proyectos rentables.

Técnica y ecología

Desde la perspectiva tecnológica, una parte de los campesinos, específicamente aquellos que han venido siendo despojados y obligados a subsistir con cada vez menos recursos, se encuentra ante fronteras difíciles de pasar. Por una parte no conocen paquetes alternativos que puedan aumentar, en el corto plazo y abandonando sus tecnologías probadas por siglos, sus rendimientos o su eficiencia. Y lo que han hecho, empujados por la presión demográfica, es abandonar el barbecho largo, terminar con la rotación de cultivos, sobreutilizar los agroquímicos cuando su producción ha estado ligada al mercado y han podido utilizar insumos, y, en consecuencia, salinizar la tierra, erosionar el suelo, o ambos. Sus relaciones con la modernidad

fueron accidentadas. Les abrían líneas de crédito por cultivo, no por sistema de producción. Por producto, no por conjunto de actividades económicas. Les ofrecían proyectos para un bien o para un fragmento de su actividad total, pero tomándolo o considerándolo la única.

Nunca el estado apoyó al campo tradicional respondiendo a su lógica y naturaleza, sino considerándolo aprendiz de agricultor y productor en proceso de especialización. Esa vieja alianza fue del género del amo y el esclavo, del que tiene un aliado molesto al que se concedían cosas en la medida que los recursos lo iban permitiendo, pero a quien se le negarán en lo sucesivo dado el nuevo marco general que subordina a nuestra economía. (Además del período cardenista, sólo durante un breve período del Sistema Alimentario Mexicano y cuando se iniciaba la administración de Miguel de la Madrid, y se impulsó la creación de las UDERs -- conversión de los ejidos en Unidades de Desarrollo Rural-- recibieron los campesinos un apoyo que asumiera su propia estrategia). Los indígenas no conocieron un programa gubernamental que asumiera su lógica, sus intereses o su perspectiva JAMAS.

La agricultura moderna, o comercial, había experimentado rendimientos marginales decrecientes durante más de una década. Mostrándose los paquetes tecnológicos disponibles como incapaces de reducir más los costos al mismo tiempo que se elevaba más la productividad. Hace ya diez años que un peso prometía más en Oaxaca que en Sinaloa (por ejemplo en cultivo de trigo -según lo ha demostrado Alexander Shejtman). Las grandes obras de irrigación que habían fundado esta agricultura moderna, resultaban ya incosteables, y se carecía, como se carece aún, de modelos alternativos de riego.

La Revolución Verde, que en su apogeo consiguió espectaculares incrementos en ambas áreas de la agricultura, arrojó saldos devastadores en su período posterior. Reveló una pérdida de biodiversidad y procesos paralelos de saqueo genético. Contribuyó también al envenenamiento del suelo, a su sobre-explotación, y al desplazamiento del recurso más abundante de nuestra agricultura: el hombre, que fue sustituido por tractores. Con la erosión genética provocó un índice mayor de plagas y una incidencia más alta de enfermedades. Y lo que es peor que todo esto, impulsó los productos que representaban mayor ingreso monetario y no mayor conservación ambiental, satisfacción de las necesidades mayoritarias, o trabajo productivo.

El momento *Moris* del "progreso" agrícola

Como de modernidad y cambio o incremento de la producción, esta propuesta del mundo metropolitano llegó a su límite terminal, adoptando lo que hoy los ecólogos y agroeconomistas denominan insustentabilidad. La sustentabilidad aflora en nuestras sociedades como una respuesta a la orientación neoliberal y mercantil, cuestionando el modelo de producción en su conjunto. Para estos demobiólogos y agroecologistas no se trata de maximizar rendimientos, sino de optimizar los equilibrios, y reducir los riesgos. La crisis tendría así un componente más profundo, que nos hablaría de una crisis de la civilización, o, al menos, de la civilización que no ha reparado en las relaciones y reciprocidades entre población, recursos y modelos productivos. La verdadera limitante no será financiera, sino ecológica.

Alternativa campesina

Según esta reflexión más profunda que la de los administradores gubernamentales, lejos de plantearse una estrategia basada en el mercado y los precios, los campesinos chiapanecos han venido mostrando que tendríamos que partir de la generación de empleos, la producción de alimentos y la sustentabilidad, o sea la relación entre esos objetivos y el modelo de producción tecno-económico que los articula. En ese caso, como dicen los chinos, tendríamos que marchar sobre dos pies, es decir, sobre el pie de la agricultura tradicional y sobre el pie de la agricultura moderna. No sólo porque la tradicional no tiene perspectivas de reconvertirse, salvo en una porción minoritaria, sino porque el modelo productivista, empresarial y de mercado no es autosustentable. ¡Qué pena! ¡Tantas ganas que le echaron a la apertura comercial y al TLC para que la realidad se vuelva contra ellos !

En términos metafóricos podría decirse que así como los campesinos distribuyen su mano de obra familiar en un conjunto de actividades complementarias, sirviendo unas de sustento a las otras, y alcanzándose un equilibrio y saldo de transferencias sólo hasta el final de cada ciclo, así la economía nacional, piensan estos productores, tendría que considerar el trabajo de todos sus habitantes. Debiera reconocerlo como necesario, calculando sus flujos a través de un intercambio entre sectores o ramas no competitivas, pero socialmente necesarias, y sectores de punta o globalizados. Pero lo que es fundamental y contrario a toda la estrategia vigente, tendríamos que partir de ahí no para modernizar a los tradicionales, acorde con un modelo o paquete metropolitano u oriundo del mundo desarrollado, sino para conducir a ambos sectores a una agricultura autosustentable, donde la ganancia y la rentabilidad estarían subordinadas a la racionalidad ecológica y las necesidades sociales.

Prioridades nacionales

Existen varias interrogantes fundamentales: la población crece cuando menos a un 2.9 % anual, lo que requiere si no dar tierra a esa misma población, sí, cuando menos ofrecerle empleo y garantizar el abasto para su sostenimiento. Cosa que la modernidad del subdesarrollo y el productivismo, como criterio de política económica, ni ha conseguido ni conseguirá. Con la modernización lo que hasta ahora se viene generando es una productividad concentrada en unas cuantas unidades económicas a costa de un desplazamiento de la mano de obra en esas mismas empresas y en otras expulsadas del mercado por los que incrementaron su productividad. Lo que representa una menor productividad global, puesto que a la mayor productividad de los que quedaron empleados se debe sumar la nula productividad de los desocupados, al contrario de lo que se predica todos los días.

Actualmente, la mitad de nuestros suelos se encuentran erosionados, y al ritmo actual de saqueo —que no explotación— de los bosques y las selvas, acabaremos con nuestros recursos, hoy todavía renovables, en menos de 25 años. Las propuestas de productividad no constituyen sino una apología indirecta de ese ritmo de la civilización. La misma que consumió los bosques de Atenas y el Peloponeso, y que condujo a la desaparición de la cultura griega (Hodges, Donald **La crisis ecológica de las civilizaciones antiguas**). Y el PROCAMPO, al incluir tres frases sobre la ecología, como una posibilidad que se abre con el pago de los apoyos, no hace

sino lavarse las manos. No plantea ninguna política de recuperación de suelos, ni de reforestación, ni de desarrollo ecológico sustentable. Finalmente eso no lo enseñan en Harvard ni en el MIT de Chicago, sólo en la Selva y las filas del ejército Zapatista.

A esa perspectiva occidental y modernizante los campesinos de Chiapas han contestado con propuestas antes de empuñar las armas. Han realizado proyectos y han demostrado su viabilidad. Pero nadie en las esferas gubernamentales los ha escuchado, nadie ha creído en ellos. Una barrera de paradigmas, una concepción del mundo ha hecho invisibles las aportaciones indígenas y campesinas.

Pobreza y marginalidad

En los últimos años, la demografía de los altos de Chiapas ha registrado los índices más altos del país, la población creció en tan sólo una década, a una tasa media anual de 4.51% (más del doble que la tasa global del país que oficialmente fue del 2.02%), las principales causas de muerte, son, como decía la revista **Proceso** el 10 de enero de 1994, las mismas de hace 40 años: infecciones intestinales, respiratorias y desnutrición. O como sería más correcto expresarlo, las enfermedades que en una persona bien nutrida y sana no tendrían como desenlace la muerte.

En tan sólo diez meses de 1992 el paludismo alcanzó a tres mil chiapanecos. Desde hace años que el estado con el índice más alto de mortalidad por tuberculosis lo tiene Chiapas. El 58% de las viviendas carece de drenaje, una de cada tres viviendas no tiene luz eléctrica, los peores servicios de salud, un médico por cada 1500 habitantes, y como se citó antes, los salarios más bajos del país. Así, de las 854 mil personas económicamente activas, casi el 20% no percibe nada por su actividad, casi el 40 % recibe menos de un salario mínimo, el 21% apenas entre uno y dos salarios, el 4.1% de tres a cinco salarios, y apenas el 3.6% recibe más de cinco salarios mínimos. El 30% de su población es analfabeta. El mismo porcentaje expresa la dimensión del rezago agrario nacional que concentra la entidad. No es pues casual que en un sólo año hubieran nacido en Chiapas 75 niños sin cerebro a causa de la desnutrición.

Todo esto ocurre entre los indígenas y los ejidatarios. Según Santiago Levi, premio nacional de economía Banamex por su estudio sobre la pobreza, ésta, en su carácter extremo, es aquella en la que toda la actividad que realiza una familia está encaminada a la subsistencia. No existen márgenes, no existen excedentes, no existe otro tipo de necesidades, de consumo, de expectativa. Cualquier tarea que se deje de cumplir representa una ingesta menor, algo que coloca al grupo por debajo de la supervivencia.

Pero no todos los campesinos e indígenas chiapanecos viven en la miseria y sucumben ante los embates de la modernidad. Los campesinos de la región de la Cañada en esa parte de México fueron reconstruyendo, al mismo tiempo que una mayoría se empobreció, la propuesta centenaria de su cultura.

El modelo indígena de desarrollo

A juicio de Víctor Toledo, premio nacional de ecología, esa propuesta constituye la

perspectiva más avanzada que existe en nuestro planeta. Es una propuesta de desarrollo ecológico. Pero escuchemos a Toledo:

"La vía ecológico-campesina parte de un supuesto paradigmático: la modernización debe erigirse a partir, no en vez, de la tradición campesina e indígena. En efecto, a diferencia de la vía "moderna" que de antemano califica los modos campesinos o indígenas de apropiación de la naturaleza como formas atrasadas, improductivas, primitivas o arcaicas, la vía ecológico-campesina reconoce en esos modelos tradicionales el punto de partida para la construcción de un desarrollo rural justo y duradero y, sobre todo, que no erosione o dilapide ni los fundamentos de las culturas locales ni los recursos que la naturaleza ofrece. Reconociendo el carácter ecológicamente apropiado de los sistemas campesinos pero también sus limitaciones e insuficiencias, esta vía promueve el análisis, la comprensión y el mejoramiento de tales sistemas a través del empleo apropiado de la ciencia y la tecnología modernas.

"Ello supone el encuentro o la síntesis, no la sustitución, de saberes: los de carácter diacrónico que han sido acumulados por los productores campesinos a lo largo de cientos, a veces miles de años de observación y experimentación empíricas, y los de carácter sincrético, generados por los investigadores y técnicos con base en observaciones, análisis y experimentos de carácter contemporáneo. En suma, es a través del diálogo entre los productores campesinos y los investigadores científicos, lo que permite la resolución de los problemas de una cierta realidad regional o local." (**La Jornada del Campo**, 25 de enero de 1994)

Al analizar este proceso, Toledo explica que las comunidades campesinas que han podido administrar sus territorios con autonomía, y sin contar con créditos, ni mayor ayuda técnica, consiguieron satisfacer sus necesidades y aun tener algunos excedentes. (Excedentes que el proceso de deterioro de los términos de intercambio, agregaríamos nosotros, han convertido en saldos decrecientes de esta pobre comercialización.)

Pero prosiguiendo con las reflexiones del mismo premio nacional, esta perspectiva milenaria, esta estrategia de desarrollo, había conseguido definir lo que podría llamarse la "democracia comunitaria que se expresa de dos formas: 1. por el reparto equitativo de los recursos que pertenecen a la comunidad entre todas las unidades domésticas y familiares que la integran y, 2. la toma de decisiones colectivas y consensada mediante las asambleas del ejido."

El futuro de México en la perspectiva indígena y campesina

Desde esa perspectiva democrática que comienza en la comunidad, los chiapanecos del EZLN avisan la democracia nacional. No como el gobierno de los menos, sobre los más, sino como la unidad nacional en base del respeto de lo que cada parte de México demanda.

En esa perspectiva, las comunidades efectivamente aspiran a integrarse en el vasto México.

Pero no como los "atrasados" que deben modernizarse, no como población sobrante que se debe re-ubicar, sino como conjunto de comunidades con una identidad económica y cultural propia.

Se trata pues del respeto por su carácter de colectividad, con formas de trabajo y concepciones de la vida que no admiten un implante ideológico globalizante. De la misma manera como la Nación Mexicana no admite que el TLC nos diluya en un conjunto de ciudadanos que negocian por separado.

La lucha contra su desintegración como cultura y como opción de vida es la misma lucha de la Nación por preservar su carácter pluricultural y multiétnico en el proceso de globalización. Para ellos se trata de su supervivencia, para nosotros también. Su idea de la modernidad es la misma que compartimos quienes aspiramos a la democracia.

Ellos no aspiran a soluciones de ricos para pobres. No quieren, como no queremos quienes creemos en una historia nacional, en una perspectiva de vida semejante a la de nuestros vecinos.

No se trata por ello de llevarles más bienes de consumo. Ni de darles acceso al programa de Zabludovski para que terminen viendo las cosas igual que Georges Bush. Por el contrario, se trata de diseñar, en base a su experiencia milenaria y conjuntando la ciencia ecológica de hoy, un desarrollo autosustentado que movilice a los pobres en la solución de sus problemas pero con el respaldo del estado nacional, y con la solidaridad del conjunto de los mexicanos.

No hablamos de caridad, sino de aprovechar la posición de los indígenas y campesinos para un desarrollo alternativo que mantenga sus capacidades de producción, para que se les restituyan sus recursos y para que incrementen su producción y su bienestar.

La vía que ellos proponen no es la "restauración" de un estado tutelar. No quieren ninguna forma de populismo que les apoye en su consumo o les regale los servicios. Quieren el dominio sobre sus recursos productivos. Quieren la soberanía para disponer sobre ellos. No quieren solamente que se les lleve la electricidad o los caminos, sino que junto con ellos tengan la producción para vivir con dignidad y los excedentes para pagar por ellos.

La inalienable autonomía

Lo más importante y difícil de reconocer para la administración actual, casada con el neoliberalismo, es que la tierra, en México, no puede enmarcarse en una perspectiva de privatización como la que se impuso a las empresas públicas.

Aún en su versión actual, el Artículo 27 de la Constitución sanciona el carácter inalienable

y autónomo de la propiedad comunal. Pero desde antes que se reformara, y tal como lo hemos descrito en apartados previos, se ha venido expropiando a los indígenas de Chiapas su tierra. De la misma manera como se ha venido concentrando su propiedad y explotación en todo el país.

Esa competencia entre animales y seres humanos, y que es un fenómeno tan viejo como la historia escrita, no puede resolverse sino con la prioridad hacia los agricultores, con la preferencia hacia la producción de básicos. Y en este caso, aunque hoy lo nieguen o se resistan a reconocerlo, habrá reparto y menor ganadería. (Al respecto puede consultarse nuestro trabajo **La Reforma Agraria en este fin de siglo**. CEESC, 1994)

Una estrategia de conservación de las capacidades productivas

Al plantear esto, los indígenas y campesinos no han hecho sino situar en sus justos términos la modernización del campo mexicano. Llenar el hueco que dejaron nuestros neoliberales al encerrar en sus estrechos paradigmas el vasto campo que tenemos. Pues una estrategia eficaz, que contemple la modernización al mismo tiempo que hace suyos los propósitos de asegurar el bienestar, el empleo y la producción de satisfactores en cantidades suficientes y sin renunciar a la soberanía, no puede eludir la formulación de un complemento de política al PRONASOL, el PROCAMPO, y el TLC.

El anuncio que nos hacen es que al lado del México moderno seguirá existiendo una economía campesina y un mundo indígena, a los que no se puede ni ignorar ni abandonar a los embates del mercado. Lo que quiere decir que no podemos arriesgar su destrucción sin poner en riesgo nuestra propia existencia..

Se trata entonces de encontrar formas de organización que aseguren la defensa y uso de su potencial productivo orientado a la satisfacción de sus propias necesidades. (Véanse los artículos de Jorge Franco publicados en *El Financiero* durante el segundo semestre de 1993. Especialmente **El aumento de la productividad como truco estadístico**, **El Banco Grameen**, **El TLC y la globalización**, y **Apología de la Pobreza**.) Se trata de desarrollar mercados campesinos donde intercambien entre sí sus bienes, hagan un uso eficiente de las capacidades y recursos con que ya cuentan y puedan en conjunto hacerse cargo de sí mismos en cuanto a lo fundamental de su consumo.

Esta producción no rentable ni competitiva, lo saben ellos, está lejos de ser innecesaria. Y sus protagonistas están lejos de aceptar que son mano de obra sobrante o recursos reubicables. (Se equivocó de país el Subsecretario de Agricultura Luis Tellez cuando apenas el viernes 25 de febrero declaró a la prensa: "no me cabe la menor duda de que en la próxima década va a haber un reacomodo de la fuerza laboral de actividades agrícolas hacia industriales (...) Y es posible que en unos 20 o 25 años algunas de las áreas de autoconsumo, que presentan niveles de rendimiento muy bajo, dejen de ser productoras agrícolas." **El Financiero**, 26 de febrero p.4)

Los indígenas de hecho proponen una estrategia de comercialización acorde con sus

características. A partir de redes paralelas de circulación a las del mercado global. Redes que se encontrarían en manos de las organizaciones de productores tradicionales, con plena libertad para integrarse o no a ellas como productores y consumidores y preservando las formas indígenas y campesinas de la propiedad y autonomía.

Para nosotros es también la única salida viable y racionalmente posible para la economía en su conjunto. Porque ese mercado campesino mantendría en operación la planta productiva tradicional, los niveles de empleo globales, y los volúmenes de producción necesarios para la satisfacción de las necesidades básicas de los mexicanos. (Véase **Programa de Micromercados**. Jorge Franco, del CEESC. México 1993)

Política antiindígena y anticampesina

Pero si ahora se nos aclara la propuesta indígena y campesina, ¿cuál venía siendo la respuesta del gobierno y las instituciones a esa perspectiva de vida? No solamente los oídos sordos, sino la persecución: se había venido cesando a los funcionarios que los apoyaron, se había negado todo financiamiento, y la oferta se reducía, cuando llegaba a haberla, a programas de intensificación occidental de la producción, de modernización, de apertura y privatización del suelo.

Y se les ha ofrecido el PRONASOL, con obras que, como dice Julio Moguel, se han "desviado de sus objetivos originales" y se han utilizado para la construcción de obras suntuarias, o se perdieron en el extenso mar de la pobreza. Cuando además, en solidaridad no hay, "una estrategia sostenida de generación de empleo, ni de rehabilitación profunda de las condiciones de vida de sus pobladores...moviéndose en el plano del asistencialismo, con recursos que, dada su magnitud y extensión de la pobreza resultan limitados" (**La Jornada del Campo**, ibidem) por no decir inútiles, (agregáramos nosotros). En el Informe anual 1991 del Centro de Derechos Humanos Miguel Agustín Pro, dicen a este respecto: "Estos programas buscan mediar los costos sociales del proyecto neoliberal(...) en el contexto de una cultura autoritaria que posibilita un amplio margen de violación de los derechos humanos y que se confronta con una resistencia activa por parte de los pueblos indios.

Durante 1991, dice Jesús Maldonado en **Excelsior** (11 de enero de 1994), el número de asesinatos, detenciones ilegales, lesiones y torturas es de 581. En 1992 de 3 mil 387 casos que tenemos reportados de hechos violatorios en las zonas indígenas 2,160 se presentaron en Chiapas !! Es decir el 63% del total nacional. Siendo las etnias Tzotzil, Chol y Mame, las más afectadas. En 1992 se contabilizó un total de 15 mil personas muertas por hambre. A razón de 34 por día en el estado de Chiapas. En 1993, también fue Chiapas el estado más afectado por la violación a los derechos humanos. El número de víctimas ascendió a 531 personas....

Según el Consejo Nacional de Población. de los 111 municipios del estado de Chiapas, 38 de ellos acusan un grado de marginalidad extrema, 56 tienen un alto grado de marginalidad, 12 un término medio, y sólo 5 baja marginalidad.

En contraste, o en respuesta a esos hechos y esas realidades, apenas en agosto pasado,

Luis Donaldo Colosio había anunciado que se destinarían 40 millones de nuevos pesos adicionales a un programa especial en la zona de Ocosingo, Altamirano y Las Margaritas, zona que coincide con la parte que hoy está en conflicto. Esta suma, anunciada en su visita por el titular de la SEDESOL, representaba un gasto adicional a los 130 millones entregados a principios de 1993. También en aquellas fechas se hicieron anuncios de inversión y crédito para vivienda. Un ambicioso programa pretendía levantar 320 mil durante el año pasado. De ahí tal vez, que recién iniciado el conflicto los voceros gubernamentales se apresuraron a explicar que Chiapas venía recibiendo la mayor prioridad en los programas y en la inversión pública. Una Sub-secretaria de Gobernación había asegurado que solidaridad en Chiapas cumplía las acciones "más intensas en el país", y que "en los últimos cinco años la inversión federal ha crecido diez veces, pasando de 70 a 750 millones de nuevos pesos en 1993."

Según un informe entregado por Carlos Rojas, entonces subsecretario y hoy titular de SEDESOL, al presidente, en agosto de 1993, --dato que se repite en el documento **La solidaridad en el desarrollo nacional**, que hace recuento de lo realizado es este sexenio, durante el período 1989-1993, Chiapas, que representa menos del 4 % del territorio nacional, y menos del 4 % de la población total, recibió más del 8% de los recursos del programa, lo que casi sumaba dos mil millones de nuevos pesos.

La obra o acciones realizadas con tales recursos incluía sistemas de agua, redes eléctricas, crédito a la palabra, drenaje, y hasta ¡ proyectos productivos de los grupos étnicos ! Sin embargo, toda esta derrama económica no alteró la situación de miseria, hartazgo, desesperación, dolor y pena. Lo cual, a juicio nuestro, no hace sino comprobar que la política asistencialista y caritativa no sustituye al desarrollo, no es alternativa a la democracia, ni mediatiza el descontento ni la organización independiente. Pero no sólo no tuvo la dimensión que requerían los muchos años de abandono. Ni siquiera tuvo la orientación o el carácter que disuadieran a los indígenas de su lucha contra la modernidad. Ni siquiera abrieron una esperanza. Ni siquiera representaron un signo, una señal de que se había abierto una puerta o una alternativa a esa que paciente y dolorosamente habían venido preparando...

Lo que sí han hecho los dos instrumentos generales de política del gobierno relacionados con el medio rural (el TLC y el PROCAMPO) es inscribir dentro de la geopolítica norteamericana y la lógica del mercado capitalista mundial, en los quince años de su perspectiva, a toda nuestra agricultura. Simplemente les concede a los campesinos un plazo. O lo cumplen o desaparecen.

En Tzotzil soldado y mensajero son sinónimos (Abat). Hoy comprendemos que antes que desaparecer hayan preferido levantarse en armas, pues como dijo aquél poeta de madre Maya y visión india:

*"Hoy me refugio
en este corazón de cuatro árboles
como mis padres mayas
entre sus cuatro ceibas cardinales,*

*cuando apenas es tiempo
de pulir con mis lágrimas
el prohibido sacramento
de la hostia solar en copa de árbol.*

*"¡Oh casa mía!,
sean el aleteo de las aves
y el abanico de las mariposas
-frágil como la eucaristía-
los que calmen mi angustia.*

*"¡Denme a beber
el cáliz de la primavera!
Quiero embriagarme de ráfagas
--potros entre los zacatales-. (...)*

*"¿ Es que no sabe el hombre
que mutila el universo?
¡Pobre hombre de barro!
¡Pobre fiera de garfios y machetes
y mandíbulas
y codicia y temor y escalofrío!
Somos el andrajoso ejército del hambre..."*

*"Con el puño
y aun con la cabeza
rompamos esta costra maldita,
esta coraza de chapopote y piedra
donde fueron lapidados el amor y la esperanza(..)*

*"Madre tierra,
después de dos mil años sentirás
la caricia de la lluvia y el viento
porque caerá la final columna que sostiene
la cúpula del universo.*

*"¡Que se tiña de verde la victoria!
¡Que se humille al ecocida!
¡Oxídense buldózers, palas, grúas!
¡Y tu enemigo el hombre!"*

A esta voz profética de Ramón Suárez Caamal les fue otorgado el premio Quintana Roo, hace más de un lustro. Después de todo sigue habiendo poetas visionarios. Poetas que ven ese hombre enemigo, sin duda y sin rodeos, en el hombre occidental moderno, el que ha creído que la justicia puede ser sustituida con el pronasol, y la democracia con el TLC y la globalización.

DIRECTORIO DE LA UACH

Ing. Carlos Orozco Alam
Ing. Ramés Salcedo Baca
Dr. Santos Martínez Tenorio
Ing. Juan Fco. Tah Iuit
Lic. Emilio López Gámez
Ing. Edgardo Escalante Rebolledo
Dr. Manuel A. Gómez Cruz

Rector
Director Académico
Director de Administración
Director de Patronato
Director de Difusión Cultural
Subdirector de Investigación
Director del CIESTAAM

COMITE EDITORIAL DEL CIESTAAM

Dra. Rita S. Rindermann
Dr. Manuel A. Gómez Cruz
Dr. V. Horacio Santoyo Cortés
Ing. Manrubbio Muñoz Rodríguez
Ing. Claudio A. Flores Valdez
Dr. Miguel Angel Sámano Rentería

La edición a cargo del Area de Publicaciones del
CIESTAAM, se utilizó el paquete " Word Perfect
for Windows". Se imprimieron 300 ejemplares.
Chapingo, Méx.,

Abril de 1994

PUBLICACIONES DEL CIESTAAM

- LA AGROINDUSTRIA Y LA ORGANIZACION DE PRODUCTORES EN MEXICO
- PROBLEMÁTICA, TENDENCIA Y ALTERNATIVAS DE LA AGROINDUSTRIA MEXICANA
- MEMORIAS DEL PRIMER SEMINARIO NACIONAL SOBRE LA AGROINDUSTRIA EN MEXICO (III TOMOS)
- MEMORIAS DEL SEGUNDO SEMINARIO NACIONAL SOBRE LA AGROINDUSTRIA EN MEXICO (II TOMOS)
- LA PRODUCCION AGROPECUARIA EN LA COMARCA LAGUNERA. 1960-1990
- EL TRATADO TRILATERAL DE LIBRE COMERCIO Y SU IMPACTO EN LA AGRICULTURA MEXICANA
- LA AGRICULTURA MEXICANA FRENTE AL TLC
- IMPLICACIONES DEL PROCESO TECNOLÓGICO EN LA AGRICULTURA EN PAISES EN DESARROLLO
- LOS QUESOS MEXICANOS
- ORGANIZACION Y PRODUCCION EN EL PLAN CHONTALPA
- EL CAFE CEREZA EN MEXICO. TECNOLOGIA DE LA PRODUCCION
- ALTERNATIVAS PARA EL DESARROLLO AGROINDUSTRIAL

REPORTES DE INVESTIGACION

- 01 LA PORCICULTURA MEXICANA ANTE LA POSIBLE FIRMA DE UN TRATADO DE LIBRE COMERCIO CON EUA Y CANADA
- 02 EL CAFE EN LA PERSPECTIVA DEL TRATADO DE LIBRE COMERCIO
- 03 EL SISTEMA LECHE DE MEXICO EN EL MARCO DEL TRATADO TRILATERAL DE LIBRE COMERCIO
- 04 LA PRODUCCION DE ARROZ EN TABASCO
- 05 ASOCIACION EN PARTICIPACION EN EL CAMPO MEXICANO
- 06 LA PRODUCCION DE HORTALIZAS EN MEXICO Y EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO CON EUA Y CANADA
- 07 EL CONSUMO DE HORTALIZAS EN MEXICO
- 08 EL MERCADO DEL LIMON PERSA EN MEXICO
- 09 LA AGROINDUSTRIA CACAOTERA MEXICANA ANTE EL TRATADO DE LIBRE COMERCIO
- 10 LA ORGANIZACION DE PRODUCTORES EN EL SUR DE SONORA
- 11 PLAGAS Y ENFERMEDADES DEL NOPAL
- 12 LA AGROINDUSTRIA CAÑERA EN MEXICO FRENTE A LA APERTURA COMERCIAL
- 13 EL CAFE EN MEXICO. ANTECEDENTES, ESTADISTICAS Y SITUACION TECNICA
- 14 LAS NEGOCIACIONES DEL SECTOR AGROPECUARIO DE MEXICO EN EL TLC
- 15 LA ORGANIZACION DE PRODUCTORES MINIFUNDISTAS EN LA PRODUCCION DE HORTALIZAS EN EL ESTADO DE PUEBLA
- 16 CONSIDERACIONES SOBRE EL ORIGEN DE LA CONCEPCION AGROECOLOGICA
- 17 LA REFORMA DEL REGIMEN AGRARIO
- 18 PRODUCCION, INDUSTRIALIZACION Y COMERCIALIZACION DEL NOPAL COMO VERDURA EN MEXICO
- 20 ¿PROCAMPO O ANTICAMPO?
- 21 SINTESIS DE DIAGNOSTICO Y PROPOSICIONES. SEMINARIO NACIONAL SOBRE ALTERNATIVAS PARA LA ECONOMIA MEXICANA

PROXIMA APARICION

- MEMORIAS DEL SEMINARIO DE ALTERNATIVAS PARA LA ECONOMIA MEXICANA